

Manzanas de Gomorra

Reflexiones teológicas acerca de la homosexualidad y el cristianismo

J.A
Fortea



Editorial  Dos latidos

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull
Todos los derechos reservados
fortea@gmail.com

Publicación en formato digital diciembre 2015
Editorial Dos Latidos
Benasque, España

www.fortea.ws

Manzanas de Gomorra

Reflexiones teológicas acerca de la
homosexualidad y el cristianismo



José Antonio
Forteza

Índice

Breve prólogo: tratando de buscar la verdad	1
---	---

I parte

La sexualidad en general

La razón y la Iglesia	9
Los jóvenes post-cristianos	15
Algunas conclusiones.....	18
Lujuria y condenación eterna	19
¿Por qué el mal es mal?	23
El principio desdramatizador.....	26
Bondad, comprensión, desánimo, relativismo	29
Freud y el confesonario	31
¿No sería mejor no conocer los Mandamientos?	33
Caminando hacia algunas conclusiones por este arduo sendero	35
¿Qué es el pecado?.....	40
Un Dios que es Bueno.....	42
Últimas consideraciones	45
Consejos a los cristianos	51

II parte

La homosexualidad

La enseñanza bíblica	56
Analizando los versículos en conjunto	64
Jesús no habló de la homosexualidad.....	66
La cuestión del castigo de Sodoma.....	71
¿El homosexual nace o se hace?	73
Los eunucos	79

David y Jonatán	80
Cuestiones familiares	82
Homosexualidad y democracia.....	86
La bondad de los confesores.....	89

III parte

Últimas cuestiones

La transexualidad	93
Pensamientos sueltos	94
Cartas	101
Epílogo	107

Breve prólogo: tratando de buscar la verdad

Los prólogos se suelen redactar después de escribir un libro. En el caso de la presente obra, estas líneas introductorias son colocadas aquí antes de haber escrito ni un sólo capítulo. Y es que, antes de empezar, deseo manifestar que quisiera hacer un libro que fuese un cierto camino hacia la verdad. No tengo la respuesta a todas las preguntas. Quizá sea suficiente plantear con toda honestidad lo complicado que este asunto.

Casi nadie me creerá en lo que acabo de decir. La mayoría pensará que tengo muy claro todo y que las líneas precedentes son la mera manifestación de una cierta falsa humildad como autor. Pero no es así, como intentaré ir desgranando en el libro con total sinceridad. El libro nace del contacto con el gran sufrimiento que he conocido en personas homosexuales. Me he asomado a varios pozos de sufrimiento, pozos humanos.

Ahora, más allá de la mitad de mi vida, creo estar en situación de poder decir algo. Aunque ese algo, a menudo, sea una sucesión de preguntas y reflexiones. Este libro escrito desde la fe cristiana, obediente a la Tradición de la Santa Iglesia, no pretende resolver todas las dudas. Al decir, ya desde el comienzo, que éste un libro escrito por un creyente y en obediencia al Magisterio de la Iglesia, muchos pensarán que no es un libro libre, que no pienso con independencia. Me gustaría ofrecer mis reflexiones a los *independientes* que exigen que todos los demás piensen como ellos. Cuando se escucha a algunos *hombres libres*, resulta evidente que para ellos no hay lugar para el disenso. Como nuestra postura es la de la libertad, se dicen, estamos legitimados para machacar y triturar al que disienta.

El libro es una reflexión acerca de la homosexualidad. Así que, a diferencia de otros libros, creo que es conveniente ofrecer aquí un esclarecimiento personal acerca de mi tendencia sexual. De lo contrario,

los lectores no sólo se lo preguntarán una y otra vez a lo largo de la lectura del libro, sino que además pueden leer con prejuicios ciertos párrafos: a unos les parecerá que defiende demasiado, a otros que ataca demasiado. Desde el prólogo, quiero dejar bien claro que siento atracción sexual por las mujeres. Sobre este punto no tengo la menor duda por pequeña que sea y nunca existió en mí adolescencia ni después un tiempo por breve que fuera en el que sobre ese tema tuviera que aclararme. Sin embargo, para comprender el sufrimiento de mis hermanos, he intentado meterme en la mente y sentimientos de personas gays¹ que portaban la cruz doliente de su propia homosexualidad. Pero ese sufrimiento ha sido el de otros, no el mío.

Aunque este prólogo lo redacté antes de escribir el libro, ahora, ya acabada esta obra, debo añadir que este libro nació como una meditación cristiana acerca de la homosexualidad. Pero, nada más empezar, me di cuenta de que resultaba inevitable no abordar previamente la cuestión de cómo enfocar todo el tema de la sexualidad. Por eso, el libro se acabó transformando también en una reflexión acerca del Sexto Mandamiento en general; y, en el fondo, en una reflexión acerca de Dios; ¿hasta qué punto es severo Dios?

Vaya por delante que éste no es un libro sistemático acerca de la sexualidad. No es ni una exposición del Magisterio, ni un capítulo de un tratado de moral. Se supone que los lectores ya han leído otras obras que ofrecen una visión de conjunto acerca de este tema. Una vez que uno ha leído esos libros organizados y comprensivos es cuando uno puede emprender la lectura de este libro como una reflexión ulterior. Estas páginas las concibo como una serie de pensamientos posteriores a ese fundamento.

¹ Soy consciente de que la Real Academia de la Lengua ha declarado que el plural de *gay* es “gais”. Pero por una mera cuestión de estilo, prefiero que el lector lea la palabra *gays* al modo anglosajón y no como “gais”.

I parte

La sexualidad en general



Mi visión personal

Permítaseme abordar el tema de la sexualidad desde un punto de vista totalmente personal. Vaya por delante que soy sacerdote y vivo en castidad. Eso supone que no practico sexo alguno no solo de obra, sino que no miro ninguna imagen deshonesta y que no consiento pensamiento lujurioso por pequeño que sea. Si en algún momento del pasado he pecado de pensamiento, vista u obra, me he arrepentido de corazón y he renovado mi sincero propósito de proteger mi pureza por todos los medios.

He querido dejar claro esto, porque a la hora de plantear la necesidad de comprensión respecto al pecador, pues siempre hay pequeños talibanes con vocación inquisitorial que te acusan de ser comprensivo por ser, en el fondo, un pecador como aquellos a los que tratas de comprender. Y en eso tienen razón: todos somos pecadores, todos necesitamos de comprensión, nuestra propia rectitud es insuficiente para recibir el don del Misterio de Dios, lo cual siempre será un regalo. De verdad lo digo que esos seguidores del Evangelio que tienen vocación de jueces nos recuerdan, por contraposición, la belleza de una salvación que es donación de Dios y no mérito propio.

Todos somos o hemos sido pecadores, pero no todos somos inquisidores. Siento compasión por aquellos que en la comprensión ven siempre un signo de heterodoxia o, peor aún, de que uno no es trigo limpio en el ámbito personal. Ante Dios, nadie es trigo limpio. Por eso, ser misericordiosos es un modo de anhelar un poco de misericordia.

Como tengo la completa seguridad de los prejuicios con que van a ser leídas estas páginas por los *puros*, desearía seguir dejando clara mi posición personal antes de hablar en profundidad acerca de esta materia de ilícitos deseos, ilusiones carnales, felices amores y sinsabores. Y así manifiesto que creo con todo mi corazón en Jesucristo, el Hijo de Dios.

Creer en Jesús supone creer en el Evangelio. Creer en el Evangelio supone creer en la Iglesia. Creer en la Santa Iglesia supone creer en su Magisterio. Creer en el Magisterio supone creer que hay una serie de cosas prohibidas en materia sexual.

Por favor, pecadores, no leáis con prejuicios mis páginas. Creo que os podré mostrar que hay otra forma de entender y vivir el Magisterio eclesial que no es sólo la de la prohibición. No nací ayer para pensar que leeréis estas páginas y que ya por eso viviréis en todo dentro de la Ley de Dios. Probablemente os seguiréis revolcando en vuestras suaves lascivias, pero, por lo menos, espero que a muchos les hará ver la enseñanza de la Iglesia de otra manera, como un Magisterio humilde. El Magisterio como una enseñanza más humilde, más humana, más comprensiva.

Al mismo tiempo debo hacer una confesión que no es gratuita para el modo en que se va a desarrollar este libro: todas las veces que en mi vida pasada he pecado en materia de sexo, nunca he sentido remordimiento. Por el contrario, he tenido que hacer un gran acto de fe en la Iglesia para creer lo que ésta me enseñaba. El uso ilícito del sexo nunca me ha ofrecido la sensación de estar sucio, de haber hecho algo mal, de haber ofendido a Dios de alguna manera.

Nunca tuve la sensación de que provocarme un placer supusiese un acto contra Dios. Aun así, confiando en un Dios que no puede equivocarse, me arrepentí, hice propósito de enmienda y guardé la castidad. Pero sólo Dios sabe qué gran acto de fe en su Iglesia tuve que hacer. El acto de fe fue sincero y sentido: creer en Jesús suponía creer en la moral sexual de que la Tradición me enseñaba. Sagrada Tradición que la Esposa de Cristo me enseñaba como Maestra.

Cuantas veces el demonio me repetía: ama a Dios, ayuda al prójimo, ora, sigue todos los demás Mandamientos de Dios y de la Iglesia, pero no es necesario que cumplas la Ley en esta materia. Cuando uno es muy joven, la voz de la carne resuena en el interior con increíble potencia. Sin duda, se trata de una de las fuerzas más poderosas que existen. Aun así,

con caídas en mi juventud, cojeando, pero levantándome de nuevo, obedecí la voz del Espíritu, porque veía con total claridad que la Iglesia no podía equivocarse.

Si la Iglesia, en todo el mundo, a lo largo de toda la Historia, se había equivocado enseñando como malo algo que no lo era, la Iglesia no era verdadera. Y como yo sabía con total seguridad que la Iglesia era verdadera, de eso no tenía la menor duda, creí a la Iglesia. A pesar de los muchos actos de fe, durante mi juventud, la pregunta *¿no es posible seguir el Evangelio y hacer uso del sexo con toda libertad?* se repetía en mi interior con una voz muy convincente.

Qué razonable me parecía esa voz, qué suaves sus palabras. Pero era perfectamente consciente de que si uno practicaba el amor libre, ya no tenía sentido el ascetismo. Si no tenía sentido el ascetismo, no había ninguna razón para pasar horas en oración, practicar ayunos, gastarse y desgastarse en el sacerdocio. El tema, por tanto, ya no trataba sólo acerca del sexo, sino de cómo entender todo mi sacerdocio. Ceder en ese punto implicaba toda una reinterpretación del cristianismo. Ceder en ese pequeño punto significaba que mi sacerdocio no hubiera tenido ningún sentido.

Un cristianismo sin excesos, un seguimiento de Cristo moderado, sin grandes esfuerzos. Un Evangelio reducido a amar a Dios, a ser buena persona y ya está. ¿Era posible un cristianismo sin ascetismo, un cristianismo en el que el sacrificio fuera innecesario? La Cruz de Cristo contradecía eso. La vida de San Pablo y sus cartas mostraban el cristianismo de la Tradición, no un cristianismo liberal y progresista. La muerte de los mártires, la muerte en vida de los eremitas, la cruz de la vida monástica estaban en total contradicción con esa interpretación *moderna* del Evangelio que había escuchado en algunas personas. Personas que no me transmitían ninguna sensación de hablar de parte de Dios. No veía la Voz de Dios hablándome a través de ellos. En el ascético benedictino, en el cisterciense dedicado a un ininterrumpido diálogo con el Cielo o en el cartujo retirado a vivir sumergido en el Misterio de Dios, sí que percibía con fuerza la unción del Espíritu; pero en los predicadores que me

hablaban de la supuesta comprensión de Dios, no percibía la voz del Santo de los santos. Desde el mismo principio, me di cuenta de que existía una verdadera comprensión de Dios y una falsa comprensión atribuida a Él.

Ahora bien, si de mí hubiera dependido enteramente determinar la moralidad en esta materia, para mí no existiría ningún pecado sexual. Salvo, por supuesto, el sexo con menores, el sexo con violencia, o ciertas perversiones como el sadismo, por poner un ejemplo. Esta visión del sexo como algo neutro siempre ha sido un sentimiento personal, algo que nace dentro de mí de forma involuntaria. La obediencia a la moral de la Iglesia nacía para mí como resultado de la razón.

Esto era muy curioso, porque casi todo el mundo al que escuchaba me refería justo lo contrario: las leyes de la Iglesia les parecían irrazonables, pero su sentimiento interno de mancha, de pecado, de suciedad les llevaban a pedir perdón. En mi caso, era justamente al revés.

Sirva ya para el resto de la obra que cuando hablo de sexo, me refiero al sexo sano, no a formas pervertidas de éste. Ni tampoco me refiero a actos que impliquen pecados en otros campos, como el adulterio que siempre es una traición, o como el sacerdote que ha hecho una promesa sagrada de sacrificio a Dios respecto a este campo.

Ya he dejado claro que mi voluntad y mi razón se sometían a la Ley de Dios. Si mi Creador me enseñaba que algo era malo, yo me arrodillaba ante las enseñanzas divinas. Y, como ya he dicho, mi razón me mostraba que éste asunto no era posible quitarlo de mis exigencias personales sin que el entero edificio teológico se derrumbase. Este tema no era como un cuadro que pones o quitas de la pared. Se trataba de una piedra que removida de su sitio implicaba el derrumbe de toda la estructura que se apoya sobre ella.

La razón y la Iglesia

Aunque desde pequeño siempre escuchaba como los medios de comunicación insistían en la irracionalidad de la moral de la Iglesia, las exigencias de esta moral, lejos de parecerme irracionales, me aparecían como la conclusión lógica de todos los silogismos. A esa conclusión llegué en mi edad adulta, a los dieciocho años. Desde entonces, y precisamente cuando las tempestades de las pasiones más fuertes eran, mentalmente jugué todos movimientos posibles en el ajedrez de la lógica y el resultado siempre era el mismo: la razón estaba a favor de la Iglesia.

Cierto que mis sentimientos personales eran, como se suele decir, abiertos y progresistas, pero no había que ser muy inteligente para reconocer en 1986 (año en el que entré en el seminario) que si la sociedad practicase el amor libre, la institución del matrimonio se derrumbaría. En los decenios siguientes el amor libre se extendió y se pudo comprobar lo acertado que fue aquel vaticinio.

¿Cómo se puede pedir a alguien que siempre se ha concedido todos los disfrutes en esta materia que resista las tentaciones cuando éstas aparezcan por el mero hecho de haberse casado? ¿Quien nunca se había negado nada en este campo lograría triunfar en sus esfuerzos heroicos para resistir ante la tentación por el mero hecho de haber firmado un documento en una boda civil o haber manifestado su consentimiento en una ceremonia religiosa? Evidentemente, no era posible. Afirmar otra cosa supone desconocer la naturaleza humana.

Y una pareja que no se guarda la fidelidad, sin duda es una pareja que se amará sólo y exclusivamente mientras dure el amor. Ya no es la entrega total, absoluta, para siempre, sin condiciones, hasta que la muerte les separe. No será una unión permanente, sino que será solamente una unión indefinida sólo en tanto en cuanto no aparezca algo mejor. Será una unión mientras dure el amor. Una unión prolongada pero sólo mientras dure. La relación se prolongará hasta la muerte si no aparece algo mejor, si no se

acaba el amor. Te amaré para siempre, hasta el final, con todo corazón, a no ser que se me acabe el amor. Eso no es el matrimonio.

Así que aunque mis sentimientos progresistas (involuntarios pero reprimidos) eran tan abiertos, tan liberales, mi razón me mostraba que el amor libre conducía a una sociedad de personas solas, de parejas unidas pero no de forma absoluta. De manera, que dentro de mi persona estaban mis sentimientos y mi razón. Pero no en lucha, sino que mis sentimientos estaban sometidos a mi razón. Y mi razón se hallaba sometida a la fe.

Mi razón me mostraba los buenos frutos de seguir los mandamientos de Dios no sólo para la familia si uno estaba casado, sino también para el individuo si uno estaba soltero. Mientras que el amor libre llevaba en unos casos a que las pasiones se descontrolasen, en otros casos (aun controladas éstas) llevaban estas pasiones a unas relaciones personales llenas de crueldad: estoy contigo mientras me interese, después te dejo. Las prohibiciones de Dios parecían crueles al principio, pero después sus frutos eran dulces y serenos. La permisividad parecía muy dulce al principio, pero era muy cruel en su resultado final.

Algún lector me recordará que los mandamientos de Dios también tienen un aspecto positivo y no sólo prohibitivo, y que me estoy centrando mucho en la parte negativa. Sí, es verdad, cierto. Pero cuando yo tenía dieciocho años y la pasión es como un caballo al que a duras penas se le contiene, lo que importa, lo que realmente le importa a ese chico y a cualquiera es: ¿Esto está permitido o no? A esas edades los aspectos positivos de esos mandamientos suenan como músicas celestiales. Al final, después de escuchar un largo sermón, el joven dirá: Sí, todo eso está muy bien y es muy bonito, ¿pero esto es pecado o no?, ¿puedo hacerlo o no? Responder a la pregunta de un adolescente con un difuso poema de amor divino no sirve de nada. Al final, se llega a un sí o a un no.

Como sacerdote siempre y sin excepción he aconsejado seguir la Ley de Dios. Nunca he cedido a la tentación de ser comprensivo y decir que se podía hacer lo que no se podía hacer. Tanto en el púlpito como en el

confesonario, siempre he mostrado el camino recto enseñado por el Magisterio. Pero Dios sabe cuantas veces me he sentido fatal por tener que encauzar a la castidad a un joven que quería gozar de la vida. Me daba la sensación de estar impidiendo la felicidad en ese joven. Cuantas veces resonaba en mí la voz insidiosa que me repetía que estaba siendo cruel impidiendo el disfrute de cosas que no hacen daño a nadie.

Pero después, justo es decirlo, he visto que los jóvenes que se han esforzado en la pureza han recogido los frutos de ese esfuerzo. Y que los jóvenes que se han dejado llevar de las pasiones, aunque esas pasiones no se hayan desbocado, su psicología, su manera de ser ha cambiado, siendo personas más duras, de mirada menos limpia, siendo personas que están de vuelta de todo, más resabiados. Qué duda cabe que la castidad otorga una bondad especial a los que se han esforzado en ella. No creo exagerar si afirmo que la mirada de las personas castas es distinta, la de los otros es más dura. Al pasar los años y ver como se desarrollaba la vida de las personas, llegó un momento en que yo casi hubiera podido afirmar: no sé si la pureza es buena, lo que sí que sé es cuáles son los frutos de la castidad.

Otro aspecto que también tiene su importancia es que las personas puras tienen más inclinación a la vida espiritual, a dedicar tiempo a la oración, a leer las Escrituras. Mientras que la impureza quita ganas de orar, acaba con los deseos de estar ante el Santísimo Sacramento, inclina más al apego a las cosas de este mundo. Esto no es una teoría, es una comprobación de la experiencia que cualquier sacerdote conoce.

El chico joven que se mantiene casto preserva una candidez celestial. El chico impuro acaba desarrollando una evidente malicia interior, malicia que se extiende a todos los campos de la vida. Esto se ve hasta en la mirada. No es la misma mirada la del casto que la del que no lo es. También he observado una cosa curiosa y es que los jóvenes que se esfuerzan en luchar para ser castos, aunque caigan con frecuencia, están situados más en el primer grupo que en el segundo. Hay una diferencia radical entre el que cae, pero se levanta, y el que ya ha tirado la toalla.

La Iglesia ha defendido, a través de los siglos, que los mandatos de Dios acerca del sexo no dependen de un mero voluntarismo del Todopoderoso. El Altísimo no prohíbe las cosas porque sí, sino que esos mandatos existen para evitar males concretos y reales. Pero, en mi caso, aunque la voz de la razón era clara, la voz de la pasión resultaba atronadora. Insisto en que, en mi caso, los remordimientos no provenían de la educación recibida ni de un subconsciente que hablase desde lo más profundo de mí. De hecho, nunca hubo remordimientos, sino la serena voz de la razón en medio de una psicología que estaba tranquila y en paz.

Pero eso sí, en mis primeros años de sacerdote la voz de la concupiscencia siempre me repetía: ¿no sería mejor que todas esas cosas, en vez de ser pecado, fueran una recomendación, un consejo, un ideal? Bien es cierto, reconocía, que como las leyes sobre el sexo se quedaran en un ideal, no las seguiría nadie, y yo el primero. En la juventud, para sujetar el instinto, el animal que llevamos dentro, se necesitan cadenas. Las cadenas de unos mandamientos claros y nítidos.

Si un chico comete un acto de masturbación, el mundo no se hunde. Pero si un marido adultera con una amiga de su esposa, sí que se puede hundir ese pequeño mundo familiar. La separación de dos esposos siempre trae una terrible carga de amargura, odio, soledad y rencor. Que un chico joven se rinda ante el impulso de la masturbación puede parecer que no tiene conexión con la ruptura de su matrimonio veinte años después, pero sí que la tiene. La masturbación le llevó a la pornografía, la pornografía le llevó a la promiscuidad. Cuando ese joven llega al matrimonio, llega sucio, deseando a otras mujeres, se liga a una mujer en concreto pero su mirada apetece otros platos. Aunque quiera serle fiel, es un hecho que llega debilitado en este campo. Lo que muy a menudo sigue es la consecuencia natural de aquellos cimientos.

Si ese joven hubiera luchado por la pureza de corazón, aun teniendo caídas, si hubiera rezado, si hubiera recibido los sacramentos y pedido ayuda a Dios, hubiera llegado de otra manera al matrimonio. Y eso sin contar con que un vicio lleva a otros vicios. Cuando un vicio se consuma

perfectamente, debilita la voluntad y ésta resistirá ya con menor fuerza otros vicios como el de la bebida, el juego u otras cosas. La lujuria debilita la voluntad y destruye la vida espiritual. La pureza fortalece la voluntad e impulsa hacia la vida en Dios. Repito que mis sentimientos acerca del del sexo son totalmente abiertos, pero reconozco que la experiencia universal está a favor de las sabias leyes de Dios que son duras, pero más duras son las consecuencias finales de la lujuria. Y eso que sin llegar al final del camino, ya desde el principio, el alma se enfría respecto al amor a todo lo celestial.

Tras lo dicho, podemos volvernos a preguntar ¿qué le importa a un Ser Infinito que está en los cielos que yo me procure un poco de placer a solas? ¿A quién hago daño? Incluso aunque sea con otra persona, ¿de verdad a Dios le importa que frote mi piel con otro ser humano? Este tipo de preguntas resuenan en mí tan razonables. Tengo que hacerme violencia para no sucumbir no digo ya a ningún argumento, sino a la mera exposición de esa pregunta. Es como si la mera duda de si todo eso sirve para algo, ya supusiese una contundente respuesta.

Sin embargo, la pregunta podemos aplicarla a todo: ¿qué le importa a Dios si bebo hoy un poco más de la cuenta, si voy al casino a divertirme, si me tomo esta pequeña pastilla para estar más gracioso en la discoteca? ¿Le importa a Dios que me fume este cigarrillo? Quizá yo no percibo en ese momento la relación entre fumarme este cigarrillo y morir veinte años después en una cama de hospital ahogándome por un enfisema pulmonar. Seguro que alguien pensará que me pongo muy trágico.

Pero, a veces, entre ese cigarrillo en concreto y las decenas de miles de cigarrillos que siguieron hubo una relación sucesiva de causa y efecto. Si mi voluntad hubiera sido fuerte en ese momento y no hubiera fumado ese cigarrillo, la sucesión de causas y efectos se hubiera podido quebrar y yo hubiera podido vivir una larga y feliz vejez. Lo mismo sucede en el sexo. Ceder a las pasiones fuera del orden divino pone en marcha concatenaciones de causas y efectos que, paso a paso, llevan muy lejos. Lo mismo ocurre a la inversa: ofrecer a Dios el sacrificio de que el espíritu

triunfe sobre la carne pone en marcha sucesiones de causas y efectos para bien que desconocemos en ese momento.

Todo está sujeto a unas normas divinas: el comer, el beber, el sexo, el conducir, el juego, todo. Afirmar que en el sexo cualquier práctica debería estar permitida supondría que en el orden divino sobre todas las cosas habría un espacio en blanco, un espacio sin ley. En el comer, por ejemplo, hay leyes acerca de cuánto debo comer, acerca de no abusar del colesterol, de no abusar del azúcar, etc, etc. Cada vez que trasgredo esas leyes, soy yo el perjudicado. En la medida en que trasgredo esas leyes, en esa misma medida me perjudico.

¿A Dios de verdad le importa que me procure un poco de placer? ¿A Él le importa que ayune o no ayune? ¿Le importa que me deje morir como un mártir antes que negar a su Hijo Jesucristo? ¿Le será indiferente que me consagre totalmente a Él, para que Él sea todo mi amor? ¿O me diría: no me tomes tan en serio? Si todo da lo mismo, ¿por qué nos puso en la tierra para pasar una prueba? ¿Por qué no crearnos y ponernos directamente en el Cielo?

En el fondo, lo que aquí está en juego es la visión protestante de la felicidad eterna o la católica. Para los protestantes, la felicidad del Cielo es igual para todos: da lo mismo que ayunes, que mueras como mártir o que gastes toda tu vida como misionero con grandes penalidades en un país paupérrimo. Mientras que para los católicos, en el Cielo cada uno recibirá según sus obras, hay grados de felicidad. En la visión protestante de la escatología, puedes vivir toda tu vida egoístamente pecando y gozando de todos los placeres sin medida, que, si tienes fe, tu felicidad eterna será la misma que la del que vivió en santidad sacrificándose siempre por los demás.

Si el Cielo fuera de acuerdo a esta concepción protestante, no es que no tenga ya sentido morir como mártir, sino que, en realidad, no tendría ni siquiera sentido que Dios nos pusiera en la tierra para pasar una prueba. La prueba carecería de sentido. Con lo cual, en este tema del sexo, lo que está

en juego no es si yo puedo hacer tal o cual cosa, sino si tiene algún valor la crucifixión de Cristo.

Los jóvenes post-cristianos

La mayoría de los jóvenes de Europa y tantos otros lugares no tienen ninguna conciencia de estar haciendo nada malo por practicar el sexo con toda libertad en todas sus variantes. Se les ha inculcado, desde pequeños, que eso es natural. Por eso estoy seguro de que no tienen ninguna conciencia de hacer algo ilícito. Pero tal ignorancia inculpable no les libra de las consecuencias de sus actos: destrucción de su futura familia, incapacidad para percibir las cosas de mundo espiritual, una psicología más egoísta, etc.

Estoy convencido de que los jóvenes, hoy día, no pecan al usar del sexo promiscuamente, pero resulta inevitable que sobre ellos recaigan las inevitables repercusiones de sus actos. Ellos no pecan, pero eso es pecado. Yo diría que los frutos del pecado bien a las claras están. Ellos no pecan en esa materia, pero entre ellos cada vez es más frecuente el recurso a antidepresivos, a la consulta regular del psicólogo, cada vez es más frecuente que acaben sin familia, viviendo y muriendo solos en un piso.

También en el siglo XIX había millones de personas que fumaban muchísimo convencidos de que aquello no era muy malo para la salud, de que era casi inocuo. Pero su ignorancia no les libraba de las consecuencias. Una cosa es que uno no peque por estar inculpablemente ignorante de algo, y otra cosa distinta es que algo sea o no pecado en sí.

La palabra *pecado* suena muy mal para una acción en la que, de ningún modo, ellos perciben que estén haciendo daño a alguien y mucho menos ofendiendo a Dios. Por eso resulta más adecuado, en mi opinión, hablar de transgresión del orden divino. No es que no sea pecado transgredir los mandatos de Dios, pero ese concepto de transgresión resulta más comprensible para ellos e, incluso para mí, resulta más adecuado a la

hora de expresar la naturaleza moral de esos actos. Cuando busco el placer a través de algo natural como es el sexo, no busco ofender a Dios ni hacer daño a nadie. En ese sentido resulta difícil comprender que tal acción sea un pecado: una palabra desagradable que tiene la connotación de ofensa a la Divinidad o de daño a otros. Jamás convenceremos a un joven europeo de que ver una escena de sexo en una película comercial normal es pecado, pero sí que le resultará más fácil de entender que eso resulta una transgresión del orden divino.

No es lo mismo la transgresión de esas leyes divinas respecto al sexo en una sociedad enteramente cristiana, como lo fue Europa durante siglos, que ahora. Durante generaciones, la conciencia acerca de lo que estaba bien y mal resplandecía con claridad en las conciencias. Hasta las personas pecadoras y poco religiosas solían tener una visión muy clara de la Ley Natural.

Ahora es justo lo contrario, hasta muchas personas religiosas tienen una conciencia deformada de la Ley Natural. Lo que en una época claramente había que llamarlo pecado, ahora hay que luchar para que se entienda, al menos, como una transgresión. Ciertamente que el uso del sexo fuera del orden divino es un pecado porque es una transgresión. Pero hay actos que tienen más de pecado (vg. adulterio, sadomasoquismo) y otros que tienen más de transgresión (vg. la masturbación, un pensamiento impuro al ver una bella mujer en la calle).

No estoy defendiendo ni el relativismo ni la afirmación de que estos actos apenas son pecado. Pero qué duda cabe que hay actos impuros que tienen más de ofensa y otros que tienen más de debilidad. Bajo esta perspectiva hay que entender la cuestión de la culpabilidad y, por tanto, de un posible futuro castigo divino. ¿Pienso que alguien se condenará sólo por mirar un poco de pornografía? No. ¿Pienso que entrará algo impuro en el Reino de los Cielos? Tampoco. Ni lo uno ni lo otro. Toda alma tendrá que arrepentirse de sus pecados para entrar ante la presencia del Espíritu tres veces santo. Pero si la persona comparece ante Dios únicamente

manchada con pecados de debilidad del tipo que sean, fácilmente el alma se arrepentirá en el último momento al salir de este mundo.

Eso sí, la lujuria es la antesala de muchos otros pecados. La impureza debilita la visión espiritual del ser humano. Pero, en mi opinión, no creo que haya habido el caso de un solo ser humano en la Historia que se haya condenado únicamente por su debilidad en esta materia. Quien sólo tenga estas manchas carnales, fácilmente acogerá la gracia para arrepentirse. Pero, insisto, nada manchado entra en el Cielo. Es imposible entrar a ver el Rostro de Dios y negarse a someterse a su divina voluntad.

¿Un pequeño pecado de sexo, como un pensamiento impuro, es pecado venial? La pasión sexual desordenada, a diferencia de otros pecados, es como un fuego. ¿Quién puede voluntariamente dar cabida a un poco de fuego en su seno sin arriesgarse a que todo él no quede inflamado? Es como el soborno. ¿Quién puede aceptar un soborno, sin querer aceptar más? ¿Quién puede tomar una droga sin arriesgarse a decir: sólo una vez más, la última?

Hay pecados que acaban en sí mismos: haber criticado a un vecino, me he excedido al comer el último bollo con crema, me enfadé y le contesté mal a un familiar. Pero hay otros pecados que son como fuego. El sentido común nos hace distinguir entre esos pecados que acaban en sí mismos y los que son como fuego.

Desde luego, nadie debe comulgar el Santísimo Cuerpo de Cristo si está manchado con el pecado de impureza. La lujuria consentida, del tipo que sea, por pequeña que sea, hace que primero debamos purificarnos con el sacramento de la confesión. Aquello que es lo más puro del mundo hay que recibirlo con un alma limpia.

Algunas conclusiones

Todo lo dicho hasta ahora, en cierto modo, ha servido como planteamiento previo para comprender las conclusiones a las que he llegado a la hora de que yo, hombre limitado entre hombres limitados, aconsejase a otros en el confesionario y fuera de él. Personas que venían en busca de la verdad y que merecían que me tomase muy en serio sus dudas y zozobras. Almas que con toda sinceridad querían conocer cuál era la voluntad de Dios. Las conclusiones que humildemente creo haber alcanzado son las siguientes:

Primero. La enseñanza bíblica y de la Tradición es verdadera. La Biblia y la Tradición conforman una única doctrina. La Tradición explica la Palabra de Dios. La Palabra de Dios otorga los pilares sobre los que se sustenta la Tradición. El Magisterio refleja el modo en el que Dios ve toda esta materia. Gracias al Espíritu Santo ningún error se ha introducido en la enseñanza universal y permanente de la Iglesia. El sexo debe ser usado dentro del matrimonio, ésa es la enseñanza central a la que se le añaden otras enseñanzas menores igualmente pertenecientes al Magisterio y sobre las cuales ha velado el Dios para que no fueran contaminadas por el error. Dios, que es Todopoderoso, ha velado para que el tesoro de la doctrina permaneciera incontaminado.

Segundo. Aun siendo estos mandamientos verdad, hay que ponderar cada uno de ellos con todas las circunstancias para intentar comprender qué gravedad posee cada acto en concreto. Nótese que uso el verbo *intentar*. Nosotros, pobres seres humanos, intentamos comprender la trascendencia eterna de nuestros actos. Debemos intentarlo con honestidad y humildad, a sabiendas de nuestras limitaciones.

Por comprensivo que se muestre el confesor, nunca debe decir que no es pecado lo que es pecado. Hay una diferencia radical entre ser comprensivo con el que cae, a decirle que una cosa no es pecado si lo es. Jamás hay que traspasar esa frontera. La fe es un tipo de obediencia, de sometimiento. Nosotros nos podemos equivocar, pero Dios habla a través de su Iglesia. El confesor no puede ser más caritativo que Dios. Por ser bueno con el penitente, no se puede dejar a la Iglesia como si fuera una especie de institución conservadora que no comprende a la gente. No te preocupes, hijo mío, la Iglesia es muy rígida, pero yo soy muy comprensivo. El que afirma eso, al final, también puede decir: No te preocupes, hijo mío, Dios es muy rígido, yo soy más comprensivo. Frente

a esa corrupción, la Iglesia conserva y profundiza en lo que Dios quiere decir al mundo. Los sabios en la moral de la Iglesia tratan de ser fieles a Dios y comprensivos con el débil; fidelidad y comprensión.

Una cosa es la Voz de Dios, la cual nos habla nítida y perfecta, sin interferencia alguna, en las Sagradas Escrituras. Voz que también nos habla directamente en los profetas y místicos. Y otra cosa es la voz de la Iglesia que refleja fielmente esa voz de Dios bajo la acción del Espíritu Santo. Ciertamente que la voz de la Iglesia no es la voz directa de Dios. La voz del profeta dando un mensaje literal de Dios sí que es una voz directa, como si se abrieran los cielos y Él nos hablara. La otra, la voz de la Iglesia, no es una voz directa, pero sí fiel, sin error.

El confesor bonachón, relativista, que quiere ser más bueno que la Iglesia y que Dios, no deja ninguna paz en el alma con sus respuestas. Porque el alma del que le escucha sabe en lo más profundo de su alma que no está escuchando a un verdadero hombre del Espíritu que habla en nombre de Dios, sino a un hombre humano que le da consuelos humanos.

Lujuria y condenación eterna

El pensamiento de Dios acerca del sexo ha quedado reflejado en el Magisterio. Una cosa es llegar a la conclusión de que alguien por ignorancia no ha cometido un pecado en concreto, ignorancia inculpable. Y otra cosa es querer ser más caritativos que Dios. Si Dios ha dicho que algo no está dentro de su orden, nosotros los cristianos debemos doblar la rodilla y obedecer.

Recuerdo lo que me dijo un chico joven una vez: *He aprendido a quitar dramatismo a mis caídas*. Eso es muy correcto. Luchar sin hacer una tragedia de cada caída, volver a levantarse sin desesperanzarse. Ciertamente que lo ideal sería vencer. Sin duda mejor es ser heroico. Pero

si no se consigue, no hay que dramatizar. La Iglesia simplemente nos dice qué está y que no está dentro del orden divino, pero no dramatiza.

Sería inadecuado que el confesor le dijera a una persona que ve pornografía que si muere con un pecado de la vista, se va a ir al infierno. Que por toda la eternidad no verá a Dios y será atormentado con dolores terribles. Es erróneo el relativismo, pero es inadecuado cargar en este campo las tintas más de lo que podemos suponer que lo hace Dios. Si un alma nos pregunta si se va a condenar si muere con ese pecado, es más adecuado decirle que así no podría entrar en el cielo y que tendría que purificarse, que tendría que recobrar la blancura perfecta de su vestidura bautismal.

Pero sigamos analizando esta cuestión, ¿mirar una breve escena erótica en una película comercial es un pecado grave? No hay duda de que parece haber una descompensación entre la acción y su castigo si el castigo es perder la felicidad eterna. Creo que este asunto debe enmarcarse, lo primero de todo, desde la seguridad de que nada manchado entra en el Reino de los Cielos. Pero tengamos en cuenta que eso incluye los pecados veniales. Nadie podrá entrar ante Dios manchado ni siquiera con faltas veniales, primero se requerirá la purificación. Una vez enmarcada esta acción concreta y su transcendencia eterna en esta realidad de la infinita santidad de Dios y la necesidad de limpiarse previamente, es cuando podemos entender en su verdadera medida y peso la afirmación de que cualquier pecado de lujuria es grave.

¿Dejar libre la lujuria sea de pensamiento, vista u obra es grave o leve? Mirémoslo de esta manera, todo pecado de impureza perfectamente consentida es un fuego que no se quedará ahí, que tiende a extenderse. No hay nadie en este campo que pueda decir: sólo pruebo un poquito y después me paro. Precisamente por el mismo impulso del instinto, las cosas tienden a irse fuera de las manos. Ocurre exactamente igual con las drogas, nadie puede decir: sólo lo pruebo, sólo esta vez.

Cierto que caer en un pecado en cualquier materia conlleva aceptar mayor facilidad para volver a caer. Pero es justamente en la pasión sexual donde todos, creyentes y no creyentes, reconocen que la facilidad para que esa pasión se escape de las manos es sustancialmente distinta a cualquier pecado en otro campo como la gula, la pereza o la murmuración.

Por la facilidad para no poder controlar un caballo desbocado, por la dificultad para mantener después la fidelidad, por la ceguera que provoca para lo espiritual, por el enfriamiento espiritual del alma es por lo que los teólogos moralistas han afirmado, en los siglos pasados, que todo pecado de impureza se puede decir que es grave. En sí mismo es así, pero repito que no creo que nadie en toda la Historia de la Humanidad se haya condenado por un solo y único pecado de lujuria o, incluso, por un buen número de estos.

Estoy plenamente convencido de que nadie, en todos los siglos pasados, se ha condenado si ha llegado ante el tribunal de Dios únicamente manchado por pecados de debilidad respecto al sexo. En esos casos, seguro que la gracia divina ilumina a estas personas que sólo tienen pecados de debilidad pero que no han sido malos. Estoy convencido de que esa gracia les ilumina para que puedan ser salvados con un acto de arrepentimiento sincero y profundo.

Ya he dicho antes que una cosa es el pecado exclusivamente de debilidad ante la atracción del sexo, y otra cosa distinta son otros pecados como el pecado de adulterio. Pues en ese caso ya no hablamos únicamente de sexo, sino del sufrimiento que se inflige a otra persona, el cónyuge. Aun así, incluso en esos casos, podemos razonablemente esperar un largo y triste purgatorio, pero no necesariamente una maldad tal en el alma que lleve al rechazo de esa última gracia divina, ese último intento de Dios por evitar una terrible condenación.

Dígame lo mismo respecto a otros pecados de debilidad. El pobre alcohólico que se esfuerza en dejar la bebida, lucha y lucha, pero una y otra vez sucumbe, estoy convencido de que no se condenará si sólo tiene

ese pecado, pero ha tratado de ser bueno con los demás. En su pecado ya ha sufrido la penitencia. Pecó, sí. Pero en la medida de su pecado, ya sufrió. Cierto que nadie podrá entrar en el Reino de los Cielos siendo un borracho impenitente. Pero tengo para mí que nadie se ha condenado por llegar ante Dios únicamente con la pesada losa del alcoholismo sobre el alma. El problema es que el alcoholismo, lo mismo que la lujuria o el juego, va conduciendo a otros pecados, y esos pecados a otras iniquidades peores. Y esa perversión cada vez más grave sí que va malignizando el alma. Y es en esa situación cuando las almas, cada vez más perversas, sí que pueden llegar a rechazar a Dios con rabia e impenitencia.

Afortunadamente, tengo la íntima convicción de que Dios siempre hace un último intento por salvar a sus hijos antes de que dejen este mundo. Nosotros los humanos otorgaríamos esa última oportunidad de salvación, cuánto más Dios que es mucho mejor que nosotros. Sólo los poseedores de un alma auténticamente endemoniada tendrán fuerza para resistir el amor a Dios. Sólo el rechazo definitivo de Dios condenará al infierno. Seguro que pocos hombres llegan a este nivel de corrupción y odio ya permanentes e insanables.

Esta visión de la condenación nos hace ver los pecados de lujuria, sus luchas, los arrepentimientos y caídas, de otra manera. Circunscribiendo toda esta materia en una visión optimista de la salvación humana. La condenación eterna no es una especie de mancha que si te cae sobre la túnica bautismal y casualmente mueres con esa mancha, ya no podrás entrar nunca en el Cielo.

Hay una forma de entender toda esta materia al modo de la justicia humana: ¿tienes o no tienes este delito? Si tienes este delito, te condeno, punto final, sin entrar en más disquisiciones. Hay otra forma de entender esta materia que, sin negar ni una letra de la objetividad de la Ley de Dios, se centra en lo interno, en la bondad interna que suele haber en todo ser humano por descarriado que esté, unido este hecho a la bondad infinita de Dios. El mundo no es una máquina para crear inquilinos con destino al infierno. Un modo de entender esta materia de la lujuria, puede crear

angustias en el confesionario. Otro modo de enfocar esta materia puede dar alivio para seguir luchando.

No estoy diciendo de ninguna manera que los pecados graves no son graves. Tampoco estoy afirmando que uno va al Cielo mientras no retire una especie de opción fundamental por el Bien. No. Hay pecados que, por su misma naturaleza, impiden entrar en la salvación. Cualquier pecado grave es una mancha que impide entrar a la presencia de Dios. La tesis que algunos moralistas afirmaron de la llamada opción fundamental es un error. Un pecado mortal, cometido con plena advertencia y consentimiento, es un pecado mortal. Lo único que afirmo es que estoy personalmente convencido de que Dios siempre hace un último intento por salvar a cada uno de sus hijos. Y que la mayoría se rinden ante la bondad de Dios.

Dado que en nuestra sociedad poca gente vive con un alma en gracia de Dios, si las cosas no fueran como he dicho, el mundo se habría convertido en una factoría de sufrimiento, en un mero atrio del infierno. Los salvados serían un pequeño rebañito. La Humanidad habría sido creada para sufrir. Y eso no puede ser.

¿Por qué el mal es mal?

No lo he dicho hasta ahora, lo he dado por supuesto, pero el sexo es algo bueno porque es creación de Dios. Practicar el sexo o comer o beber son actos en sí mismos naturales. Comer o practicar el sexo, aun siendo acciones de naturaleza tan diferente, permiten ciertas comparaciones que ofrecen luz. Pues vemos, hoy día, en Occidente, que hay muchos que no hacen buen uso de la comida. Por muy común y generalizada que sea la transgresión del orden natural respecto a la comida, no por eso uno queda exento de la obesidad, la diabetes o las trombosis ocasionadas por el colesterol.

He conocido a individuos que han seguido tomando los más fuertes picantes a pesar de su úlcera gástrica, u otros que casi nunca bebían agua sino que exclusivamente tomaban refrescos muy azucarados. Tanto el sexo como la comida tienen sus normas. Todas las acciones están sujetas a la ley natural sin importar la intención o la cantidad de personas que se saltan esas normas. Que todos los jóvenes de una localidad se emborrachen cada fin de semana tiene consecuencias. El número de personas que quebrantan el orden divino nunca destruye el mandamiento de Dios. Las cosas seguirán estando bien o mal, aunque toda la Humanidad se ponga de acuerdo en que algo ya no es pecado.

La meditación sobre el sexo, por tanto, nos lleva a reflexionar acerca de Dios. Dios no es un Ser que se complace en hacer sufrir. No es un Dios al que le gusta prohibir las cosas buenas, un Dios que sólo pide ascesis, que se deleita en el sufrimiento. Ésa es la imagen de Dios que la serpiente le ofreció a Eva junto al Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Lo que nos repite continuamente la Biblia es: sigue el camino del Bien (y esfuérate) y verás sus frutos; sigue el camino del Mal (no te esfuerces) y verás sus frutos.

De hecho, podemos preguntarnos: ¿por qué el mal es mal, y el bien es bien? El mal es mal por sus frutos. El bien es bien por sus frutos. Si yo me atiborro de azúcar durante años, eso tiene consecuencias. Si no me quiero esforzar y dejo totalmente de hacer ejercicio y andar, eso tiene consecuencias. Cada acción tiene sus consecuencias. Una acción es mala porque sus consecuencias son malas. Dios no se complace en prohibir las cosas porque sí. Dios es la Sabiduría Infinita. Y si Dios prohíbe algo, tiene una buena razón para hacerlo.

Si el confesor quiere ser tan bondadoso que afirma que mirar una imagen erótica *no es pecado*, ¿por qué no levantar la carga del pecado a todos los pecados sexuales? ¿Por qué sólo levantar la carga de la conciencia sólo un poco? ¿Dónde ponemos la raya de lo lícito y lo ilícito? El penitente va al confesionario a conocer la verdad. Si de lo que se trata es de ser indulgente, el penitente se basta a sí mismo con su debilidad.

En cada uno de nosotros está la carne y el espíritu. Los animales son sólo carne y vemos a lo que lleva el instinto. Un pez puede comer hasta morir, un mamífero puede matar a su contrincante con tal de copular con una hembra, un león puede matar a los cachorros simplemente por un impulso de celos. Mientras que el espíritu lleva al esfuerzo, a la pureza, al dominio de las pasiones, a la disciplina. El espíritu conduce a la luz del Evangelio que es la Cruz de Cristo.

¿Nos podemos imaginar a los doce Apóstoles, tras la Ascensión de Jesús, como doce lujuriosos comilones que nos dijeran con una copa de vino en la mano, entre risas: nada de todo esto es pecado? Evidentemente, no. Los doce Apóstoles fueron hombres santos, hombres de oración, transformados en Cristo, dedicados al Espíritu, no a la vida de la carne, al dinero, a las comilonas, a los lujos, a la soberbia.

Ciertamente, no es posible ser un buen seguidor del Evangelio saltándonos la parte de la pureza. Sí que se le puede seguir cojeando, sí que se le puede seguir contaminados, con una cierta parte de nuestros cuerpos cubiertos de lepra. Se le puede seguir como leproso, a pesar de ser Él sanador de todas nuestras dolencias. Pero lo que no se puede pretender es que Jesús de Nazaret apruebe nuestras transgresiones.

Un cristiano puede tener caídas, pero no puede claudicar hasta el punto de afirmar que la pureza y la impureza son indiferentes, que a Jesús le da lo mismo todo. Ése no es el mensaje del Evangelio, el mensaje de Aquél que enseñó: *Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón* (Mt 5, 28).

Cuando antes he hablado de la dificultad de condenarse, se pueden leer esas líneas de dos maneras: Como condescendencia con el pecado: sólo es necesario amar a Dios, haz lo que quieras. O como consuelo al alma atribulada por su debilidad para que siga luchando sin desfallecer. Los mismos versículos de la Biblia en ocasiones han sido usados con una u otra finalidad. Pero la lectura entera de la Biblia deja claro que es un libro de conversión, no un libro de condescendencia luterana. Comprensión no

es lo mismo que condescendencia. Bondad frente al pecador no es lo mismo que justificación del pecado.

La posición del cristianismo la veo heroica, sobrehumana, propia para seres que antepongan ante todo la Ley de Dios. La moral de la Iglesia está a medio camino entre la corporalidad y la pura espiritualidad. La sexualidad en el cristianismo está a medio camino entre la negación y la afirmación. La negación de que seamos puros animales y la negación de que seamos espíritus puros. Se afirma la bondad del sexo, pero se afirma también la preeminencia del espíritu que mora en nosotros. La postura de la Iglesia está a medio camino entre considerar que todo es pecado en el sexo y que todo está permitido.

Entenderé perfectamente que alguien que no es creyente no comparta las ideas expuestas aquí acerca del sexo. No soy ningún fascista ideológico que quiera imponer que todos piensen como yo. Pero me parece que los no creyentes podrían admitir que la postura de la Iglesia, se acepte o no, es razonable y coherente.

El principio desdramatizador

Para ahorrar palabras, a esta postura de defensa a ultranza de los principios pero, al mismo tiempo, no hace de las caídas un drama, la vamos a llamar la postura del principio desdramatizado: los principios existen y son intangibles, pero no hacemos una tragedia de las caídas. Esta idea del principio desdramatizado no es algo moderno, sino que ha existido siempre en la Historia de la Iglesia. Las películas, las novelas, las series de televisión muestran a los eclesiásticos de siglos pasados como fanáticos talibanes que aplicaban la hoguera, por ejemplo, a la pobre pareja de jovencitos que tenía sexo fuera del matrimonio pero que no se podían casar porque sus padres se oponían a su amor; o que encerraban en una mazmorra durante años al fraile que había quebrantado su voto de

castidad. Tal mentalidad es la traslación de la ignorancia y los prejuicios del siglo XXI a los siglos pasados.

Lo cierto es que los eclesiásticos de tiempos pretéritos, y especialmente en el medievo, tuvieron una especial manga ancha para este tipo de pecados. Obispos, canónigos, prebendados, párrocos y confesores de todo tipo podían estar preocupados por muchas cosas de este mundo, pero ciertamente no estaban obsesionados con el tema del sexo. Tanto los nobles como el pueblo llano tenían muy claro que para las transgresiones sexuales estaba el confesionario, no la cárcel ni las penas públicas. Cierto que rastreando dos mil años de cristianismo encontraremos un cierto número de condenas de cárcel y de otro tipo emitidas contra los culpables de sodomía. Pero no se puede comparar el pequeño número de condenas con la manga ancha que era la tónica habitual.

Los obispos que no vivían bien la castidad eran los primeros en mostrar una lógica comprensión con los penitentes que manifestaban el arrepentimiento de sus caídas. Y los prelados que tuvieron fama de santidad a lo largo de los siglos fueron los primeros en entender que el combate contra la lujuria y las debilidades requería de una lucha que se llevaba a cabo con armas espirituales. Es decir, hasta los obispos más celosos y ascéticos entendieron que este tipo de pecados se combatían con la predicación, la invitación a la confesión, las misiones populares y prácticas por el estilo.

Los pocos casos de castigos ejemplarizantes siempre fueron producto del celo de las autoridades civiles, no consecuencia del deseo de los prelados por castigar ya en este mundo las caídas del alma. Los obispos y el clero estaban a favor de dejar el juicio del pecado a un tiempo futuro, consideraban totalmente inadecuado adelantarse al juicio de Dios.

Los casos de penas públicas por transgresiones sexuales fueron verdaderamente muy pocos, y casi siempre cuando la sodomía permitida en casas de lenocinio comenzaba a tomar proporciones escandalosas. Esta poca afición a la persecución sexual no era de extrañar, porque en la

misma Roma cardenales y pontífices veían con muy malos ojos cualquier tipo de fanatismo desconocedor de la naturaleza humana las pocas veces que esos episodios aparecieron esporádicamente en algunos lugares. La misma Roma era el perfecto ejemplo de comprensión hacia todo tipo de debilidades, homosexualidad incluida. Los Papas nunca cayeron en el relativismo. Pero los culpables de concubinato, adulterio, sodomía o de un uso regular de los prostíbulos sabían que de nada tenían que temer más allá de los sermones. El fanatismo talibán que vemos en las películas aplicado al clero católico es un puro y simple falseamiento de la Historia.

Los protestantes de visita a Roma hasta el siglo XIX, como eran mucho más puritanos, se escandalizaban por esta permisividad. Una permisividad que alcanzaba al arte con una profusión de desnudos a la que de ninguna manera estaban acostumbrados en las tierras septentrionales, mucho más rigurosas en esta materia.

Lejos de mí con lo dicho el deseo de quitar gravedad moral este tipo de pecados. Pero del mismo modo que no afirmo eso, sí que afirmo que el principio desdramatizador siempre estuvo presente en la Iglesia, y especialmente en Roma.

Yo creo en una Iglesia espiritual, fiel al mensaje de Cristo. Luego, por tanto, todos los seguidores del Evangelio de Nuestro Salvador debemos seguir el camino de la pureza. Pero, al mismo tiempo, las caídas de los clérigos en siglos pasados, lejos de escandalizarme, me ofrecen una visión de la Iglesia sobre la que recae toda mi comprensión. No me escandalizan las debilidades, sino que lo que me admira es que el heroísmo de la pureza haya sido la tónica general. De las caídas no me escandalizo, es algo humano. De lo sobrehumano, sí que me admiro. ¿Qué podemos esperar de la naturaleza humana? Desde luego no valen lo mismo en la balanza del juicio divino los actos heroicos realizados por mantener la pureza que las faltas en materia de lujuria.

Bondad, comprensión, desánimo, relativismo

La gente viene a mí desanimada por la comisión de nuevas faltas de la impureza a pesar de los buenos propósitos, y yo siempre les repito: no vale lo mismo una caída por debilidad que un acto de vencimiento hecho por amor a Dios. A un joven que un día realiza un acto heroico para vencer una gran tentación, hay que decirle que eso vale más que cien caídas en la impureza. Porque esas faltas son por pura debilidad, mientras que el acto de amor a Dios cualitativamente es muy superior.

La existencia del sexo, con su posibilidad de actos virtuosos e incluso heroicos, cumple una misión en el tiempo de prueba humana. El Altísimo podía haber creado una Humanidad sin sexo. Podíamos habernos reproducido de otras maneras si así Él lo hubiera determinado. O, incluso existiendo la división de sexos, podríamos haber tenido un control perfecto sobre esa función instintiva.

Pero Dios al determinar que el sexo fuera tal como es, es decir, uniéndolo a un gran placer, teniendo por tanto un gran poder de atracción, sabía que iba a haber muchas caídas en esta materia. Pero prefirió permitir la existencia de muchas faltas pequeñas, a cambio de que pudieran brillar grandes actos de pureza llenos de amor. Quiso que existiera el sexo tal como es, con su formidable poder de atracción, a sabiendas de que un mayor número de transgresiones provocadas por la debilidad quedaría más que compensado por la calidad de los actos de virtud.

No se saque tampoco la impresión de que estoy afirmando que los pecados de lujuria son veniales y sin importancia. De nuevo me veo en la conveniencia de repetir que, en sí mismos considerados, estos pecados son un fuego que la voluntad debe contener so pena de que estas pasiones le controlen a él. Ya lo he dicho antes, pero conviene repetirlo de vez en cuando en esta obra. En sí misma considerada, ésta es una materia vital para la subsistencia y salud espiritual de una sociedad. Ahora bien, la Iglesia, al mismo tiempo que recuerda la verdad moral, ejerce toda su comprensión sobre el transgresor. Reconociendo que una cosa es la

gravedad de esta materia en sí misma considerada, y otra la gravedad subjetiva del pecado cometido por un sujeto concreto. Subjetivamente hablando, en nuestras sociedades, la mayor parte de los jóvenes europeos (nacidos en una sociedad postcristiana) pecan venialmente en esta materia o incluso no pecan.

Incluso la persona que cae continuamente en esta materia con plena conciencia cristiana de lo que significa el Sexto Mandamiento, no por eso es muchísimo más culpable. Ya que, muy frecuentemente, se crea un vicio que es como una cadena muy difícil de romper. La persona quiere sinceramente liberarse de esos lazos, pero no se ve con fuerza para resistir largo tiempo ante los hábitos contraídos. Por eso la Iglesia, siempre, ha sido maternal y comprensiva; como ya he dicho, incluso en los siglos que ahora son considerados como más estrictos. Esta comprensión no se da en otras materias, tales como el robo o los malos tratos a la esposa. Tampoco ningún confesor quitará hierro al penitente que confiesa un continuado adulterio. Pero, sin embargo, sí que es comprensiva ante el hombre que quiere liberarse del vicio del alcohol y recae continuamente.

Si el confesor es justamente riguroso con el marido que maltrata a su mujer y éste se enfada y no vuelve al confesonario, pues que no vuelva. Allá él con su conciencia. El confesor no puede hacerse cómplice de su pecado transigiendo con palabras bondadosas. Si no retorna el penitente, que no retorne. Pero hay otros pecados con los que se consigue más siendo un padre bondadoso que siendo un confesor exigente. Hay pecados en los que el culpable hace deliberadamente daño a inocentes, en otros pecados uno sólo se perjudica a sí mismo.

Dios ve la buena voluntad de cada hijo suyo. Ciertamente que la persona tal vez no se vea a sí misma con fuerzas para perseverar mucho tiempo sin caer. Pero el confesor ve que se levanta una y mil veces, y que lucha por mantener la pureza del alma. Esa lucha ya es suficiente. Ciertamente que no es una victoria plena, pero resulta evidente que el alma lucha. La voluntad de seguir a Cristo en todo lo que Él mande es permanente, aunque haya brevísimos momentos de derrota. En un campo, que es el importante, el

del amor a Dios y al prójimo, la voluntad está clara y es permanente. En el otro campo, el del instinto, la voluntad tiene breves momentos aislados de claudicación. Hará mal el confesor que quiera forzar al alma con un *todo o nada, aquí y ahora*. Le debe animar a una sumisión total a los Mandamientos, pero no forzarle. Debe animarle paternal y amorosamente, no exigirle nada.

Jesús mismo predicaba el Evangelio. Él exponía parábolas, explicaba la grandeza de Dios, curaba, daba ejemplo, pero no iba exigiendo, condenando y amenazando. Presentaba la belleza y los frutos de buscar a Dios y seguir su camino. No forzaba a nadie. Ciertamente que nos habló de un Juicio Divino. Ciertamente que nos habló de cual era el final de la existencia del que sigue caminos de condenación. Pero sería erróneo que nosotros sacerdotes hiciéramos con las almas lo que no hizo Jesús. Nosotros debemos acoger. Aunque nunca nuestra comprensión del prójimo nos debe llevar a negar la Ley. Los Mandamientos están por encima de nosotros, del confesor, de los obispos. La Ley Divina es inmutable y perfecta.

Si una persona trasgrede el ordenamiento de Dios respecto al sexo, será juzgado en la verdadera medida, peso, circunstancias y conocimiento de su acto por el Único que es capaz de realizar dar un veredicto tan imposible para los humanos.

Sólo el Altísimo conoce hasta donde llega el peso de cada transgresión. En unos casos hay ignorancia invencible, en otros hay pleno y perfecto conocimiento de lo que supone desobedecer la voluntad de Dios. Pero incluso en esos casos de perfecto conocimiento, no nos olvidemos que ésta es una materia que trata de la debilidad y de la búsqueda del placer, no del deseo de hacer daño a nadie.

Freud y el confesonario

Seguir la Ley Divina da buenos frutos. Seguir el camino de las pasiones produce otros frutos. Sobre todo en los años 60, 70 y 80, en los

que Freud y sus secuaces tenían tanta influencia en el mundo intelectual, se insistía mucho en que la castidad generaba una terrible represión de las pasiones que conducía a múltiples traumas y enfermedades mentales. Cuando uno ve cómo tantos millones de personas creyeron a pies juntillas, como si fuera un dogma, las retorcidas teorías de este psiquiatra vienen acerca de la represión, uno sólo puede compadecerse de la candidez humana. La experiencia demuestra justo lo contrario: las personas castas y puras tienen un mayor control de sus pasiones, viven más serenas y sus voluntades están fortalecidas.

Por el contrario, dejar libres las pasiones carnales implica debilitar la voluntad. Y al final, la falta de fortaleza del alma lleva a que estadísticamente un cierto número de esas personas acaben sometidas y esclavizadas a sus pasiones. Lo que se podía haber controlado en el confesionario con los consejos de un prudente confesor y la ayuda de la gracia, acaba teniendo que ser expuesto a un psiquiatra para que nos dé medicinas que actúen sobre nuestro comportamiento y directrices basadas en el sentido común. Me hizo mucha gracia al leer *La Regenta* que en las discusiones en el casino, todos los anticlericales, ateos y masones reconocían que la labor del confesionario era higiénica y que se le debía reconocer su efecto beneficioso sobre las psicologías de las naciones.

De verdad, insisto, que en mi experiencia, hablando con muchos enfermos mentales durante mi vida sacerdotal, he comprobado como muchas personas no hubieran llegado jamás a la patología mental de haber seguido una vida cristiana normal y sencilla. Por el contrario, cuantas personas acabaron arrastrando vidas muy tristes y hasta terribles por no haber seguido los buenos y sanos consejos de los Mandamientos. Qué sencillo hubiera sido al principio reconducir todo, contener los instintos, fortalecer la voluntad. Qué difícil es hacerlo después de años recorrer el torcido camino de Freud.

¿No sería mejor no conocer los Mandamientos?

Antes he dicho que no tengo la menor duda de que muchos jóvenes practican el sexo libre sin pecar porque están sumidos en la ignorancia invencible. Esto es lo que intentó decirnos San Pablo cuando escribió: *La fuerza del pecado es la Ley* (I Cor 15, 56). El problema es que sin Ley nos asalvaríamos totalmente. Ciertamente que ya no pecaríamos en materia sexual, porque no tendríamos conciencia de pecado al habérsenos inculcado que es algo natural, pero la lucha moral se colocaría en campos más graves. La virtud de la pureza constituye verdaderamente un muro antes de las murallas del alma. Se levanta como un muro que protege las murallas más vitales para el espíritu de la persona.

En los antiguos castillos medievales, era frecuente colocar un antemuro delante de las murallas propiamente dichas. El antemuro defendido cumplía una función efficacísima, pues detenía el choque de los atacantes evitando que las murallas fueran dañadas. Defender la pureza del alma coloca la lucha lejos de murallas, cuya caída sí que sería desastrosa para la persona. Y eso sin contar con que cuando se practica el sexo libre (y más si es desde la juventud) estadísticamente está claro que la población cae mucho más frecuentemente en perversiones sexuales: sadismo, todo tipo de fetichismos, sexualidad escatológica, etc.

Por eso, es totalmente cierto que *la fuerza del pecado es la Ley*. Pero San Pablo afirma justamente antes de esa frase que *el aguijón de la muerte es el pecado* (I Cor 15, 56). Es decir, a través de la transgresión de los ordenamientos divinos, penetra en nosotros el veneno de la muerte. Poco a poco, conforme la persona va viviendo sólo para este mundo y se olvida de la morada eterna, el alma va muriendo. La imagen del aguijón es muy adecuada, el veneno de la mundanidad va penetrando paulatinamente mustiando al espíritu. Al final, la persona pierde toda su vida sobrenatural. Y no sólo eso, tantas veces la muerte del espíritu acaba acarreado la muerte del cuerpo. Una vida entregada al vicio acaba enfermando al cuerpo. Una vida entregada a la virtud, la oración y los sacramentos es

fuentes de salud incluso para el cuerpo. Por supuesto que encontraremos muchos casos en que enferma el virtuoso, y el vicioso permanece sano hasta la vejez, pero como norma general es cierto lo dicho.

San Pablo en esa parte de la carta a los Corintios también nos enseña: *Si hay un cuerpo animal, también hay un cuerpo espiritual* (I Cor 15, 44). La moral que enseña la Iglesia respecto al sexo es pensando en ese cuerpo espiritual que es el alma inmortal. Pero en este tema nunca nos pondremos de acuerdo los creyentes en Jesús y los ateos, porque como dice la Escritura: *Como era el hombre del polvo, así son esos que son del polvo* (I Cor 15, 48).

Los no creyentes siempre nos acusarán de querer imponer a los demás nuestra moral. Lo cual es falso, la Iglesia recuerda a los hombres cuales son las leyes de Dios. Nosotros no imponemos nada a nadie. Nosotros predicamos, no imponemos. Sólo predicamos que *la carne y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios, ni lo que perece heredará lo que no perece* (I Cor 15, 50). ¿Es esto fanatismo? ¿Afirmar esto es acabar con la libertad de los demás? ¿Predicar tal cosa supone imponer nuestra fe sobre toda la sociedad? Son los fanáticos sin Dios los que repiten que en una democracia no hay lugar para los que tengan la fe de la Santa Iglesia. Para esos talibanes del relativismo, el Estado tiene una moral determinada y si alguien disiente hay que expulsarle, castigarle, multarle y boicotearle.

¿A mí me afecta el que alguien no quiera comer carne de cerdo? Por supuesto que no. Si alguien no quiere comer carne, que no la coma. Si una mujer quiere ponerse un velo sobre la cabeza, que se lo ponga. Pero esos fanáticos del relativismo entienden la libertad y la democracia como un espacio en el que no hay lugar para el disenso.

Los enemigos de Dios siempre nos acusarán de quemar en la hoguera a los que no siguen los dictados de la Iglesia acerca de la sexualidad. Pero ya he mencionado que los siglos medievales fueron precisamente de una manga muy ancha en esta materia. Sí que desgraciadamente se condenó a cierto número de personas a lo largo tantos siglos, pero no porque fueran

lujuriosos, sino por razones de fe. Y ahora es cuando yo debo añadir: lo cual es lamentable. Debo añadirlo, porque si no, esos talibanes dirán que no lo he condenado expresamente: luego quizá lo justifique. Es decir, esos talibanes ven fantasmas donde no los hay.

Si uno no quiere comer cerdo, debemos prohibírselo, no sea que en el futuro él quiera que nosotros no tampoco podamos comer cerdo. Y así, por vía de prevención, queriendo defender la libertad en abstracto, recortamos la libertad de personas concretas. Este camino, como todo el mundo debería entender, no tiene fin. Siempre se puede exigir a los ciudadanos que se acoplen un poco más a la moral del Estado. Y el que disienta será porque no ama la libertad.

Caminando hacia algunas conclusiones por este arduo sendero

Me gustaría citar unas palabras verdaderamente luminosas del padre Genovesi: *La primera cosa que debe ser notada acerca de la nueva ley del amor es que no es una ley externa a nosotros mismos. Más bien viene a la vida dentro de nosotros y es la misma ley que Yahvéh prometió en los escritos de los profetas*². De esto se deduce una clara consecuencia, las leyes que rigen el sexo se fundamentan en la razón, son para nuestro beneficio, han sido proclamadas por Aquél que ha creado el placer y que desea que seamos felices. Las leyes sobre el sexo están patentes en la Sagrada Escritura con el fin de evitarnos males mayores. Esos perjuicios proceden de esos mismos actos, no de un Dios que dice: o me obedeces o te castigo. Dios no dice: si buscas el placer, te produciré dolor. ¡Él ha puesto tanto placer en el sexo! Y podría haber puesto más placer incluso, pero entonces sí que hubiera resultado más adictivo. Esas leyes morales no

² Vincent J. Genovesi, *In pursuit of Love: Catholic Morality and Human Sexuality*. The Liturgical Press, 1996 Collegeville (Minnesota), pg 53.

han sido dadas porque el sexo en sí sea malo, sucio o suponga un acto de egoísmo.

Lo que afirma el cristianismo es que en este campo del sexo no todo depende de lo que yo considere. El uso libre del sexo no será malo si lo veo malo, y no será bueno si lo veo bueno: el sexo tiene reglas objetivas que lo regulan. Yo mismo, mi pobre persona, no soy la referencia última del bien y del mal. Prueba de ello es que Dios nos guía con sus enseñanzas acerca del sexo en la Biblia. Son bien pocas y escasas esas enseñanzas, pero tiene Él que guiarnos, aconsejarnos y reconducirnos hacia un uso óptimo, y alejarnos de los usos más perjudiciales para la persona y la sociedad. Y a esas enseñanzas bíblicas se ha añadido el refrendo de la Tradición de la Iglesia, Tradición iluminada por la luz del Magisterio.

¿Luego debemos seguir el Magisterio? ¿Debemos inclinar la cabeza ante él? ¿Debemos someternos? No hay ninguna necesidad de someterse si queremos experimentar en nuestro cuerpo y alma los frutos del uso transgresor del sexo. Debemos someternos si queremos ahorrarnos ese experimento. Nosotros seremos los primeros beneficiarios de ese acto de obediencia.

Pocas normas hay sobre el sexo en la Biblia. Y el Magisterio ha sido muy escueto y preciso en sus palabras. El Espíritu Santo ha velado para que hombres doctos y santos ponderaran las palabras, las pesaran en la balanza de la Verdad, las limaran para quitar las esquirlas que no sólo no hubieran ayudado a los hombres, sino que les hubieran herido. El resultado es una enseñanza que refleja la verdad. Sólo hay que ver cuanto se meditó cada palabra del *Catecismo de la Iglesia Católica*, por poner un ejemplo, un gran ejemplo, para comprender de lo que estoy hablando. Lo mismo se puede decir de cada declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe: palabras sopesadas que crearan un documento que expresase la verdad con la mayor fidelidad y precisión que fuera posible.

Viendo todo esto, nos podemos preguntar otra vez: ¿nosotros los cristianos estamos ligados a una Tradición? La respuesta es sí.

Gozosamente estamos ligados a una Tradición que es don de Dios. Tradición que es la voz del Espíritu Santo rodeando la Sagrada Escritura. Tradición que es explicación de la Sagrada Escritura. El Magisterio de los pontífices, de las congregaciones y de los obispos constituye un Magisterio coral es expresión de esa Tradición.

Pero en esa enseñanza de siglos, santos, teólogos, sermones, cartas papales y catecismos no se critica con la misma dureza, por ejemplo, la pedofilia que la masturbación, no se critica con la misma dureza el adulterio que el acto sexual de dos novios que se aman. Como norma general, dejando aparte las prácticas perversas, hay que desdramatizar el sexo. Pero hay que desdramatizarlo sabiendo que Dios quiere que seamos puros, que usemos de este don como seres dotados de espíritu. Siendo conscientes de que entre las transgresiones que más merecen nuestra comprensión y los actos sexuales perversos hay una lenta cuesta abajo con todo tipo de gradaciones. Hasta el fondo tenebroso se llega paso a paso, grado a grado, peldaño a peldaño. La lucha por la pureza cuando todavía se tiene luz y fuerza es más fácil. Cuanto más se descende a las profundidades tenebrosas, más dolorosas son las consecuencias del sexo.

Teniendo en cuenta esto, hará mal el confesor que a un penitente le presente la masturbación como un acto malvado e inicuo. Pero también hará mal el confesor que le diga que eso no es pecado. Para ese tipo de actos, el confesor no debe cargar a la gente con un innecesario sentimiento de culpa. Pero deberá hacer entender al penitente la belleza y frutos de la castidad, así como los frutos de la impureza.

Siempre habrá alguien que nos preguntará si acaso el materialismo y el egoísmo no son peores que los pecados de la carne. La respuesta, sin duda, es que sí, son peores. Pero los actos de lujuria van llevando, poco a poco, hacia ese materialismo y egoísmo.

Hay individuos que plantean toda esta cuestión como una lucha entre la libertad y la imposición. Ciertamente lo que se siente como impuesto, como una restricción, lleva a la rebelión y al enfado. Pero también es

verdad que si nos preguntan si algo está bien o no, si es lícito o no, hay que dar una respuesta sin escaparnos con generalidades y ambigüedades.

Lo que es una incongruencia es pensar que la respuesta a la pregunta de si algo es lícito sea una imposición. El confesor le dirá, si crees que yo merezco algo de atención, escúchame; después harás lo que quieras con tu libre albedrío. Si mi persona te parece que está carente de cualquier autoridad, haz lo que creas justo de acuerdo a tu conciencia. Yo no impongo nada. Pero las cosas están bien o mal de acuerdo a una ley eterna. Ley que está por encima de mí y de ti. Haz lo que creas justo. Yo no te juzgo, porque es Otro el que nos juzgará a ti y a mí. Yo trato de buscar sus caminos. Si tú crees haber encontrado la senda correcta, no te impongo nada.

Todo este asunto de la luz que proviene de la Tradición, vale para el sexo, pero también es válido para otro asunto como el de la ordenación sacerdotal de la mujer. Si la Tradición afirma que tal cosa no es posible, yo inclino mi cabeza ante tal enseñanza. Ya se ha expuesto en estas páginas que el tema de la Tradición nos lleva mucho más allá de las preguntas acerca de la sexualidad.

Cierto que las leyes acerca del sexo se basan en la razón, y el tema de la imposibilidad de ordenar una mujer se basa en una decisión de Dios. Pero, al final, tenemos que preguntarnos qué es la Iglesia y si debemos fiarnos de la Iglesia. El que la gente se plantee preguntas es incluso positivo, porque nos lleva a profundizar más en nuestra fe. Nos lleva a profundizar en la pregunta: ¿qué es lo que realmente creemos? Por lo tanto, todo este asunto ya no es una mera cuestión acerca de sexo, sino que afecta a otras muchas cuestiones. Cuestiones que giran alrededor de la más profunda cuestión que subyace debajo de todo y que es: ¿creo realmente en la Iglesia?

Si vemos las entrevistas y debates en los medios de comunicación, observaremos que por parte de la Iglesia siempre hay una respuesta tranquila, razonada, mesurada, respetuosa. Por parte de los adversarios de

la Iglesia, casi siempre, encontramos descalificación y burla. Ellos en las mesas redondas se burlan del oponente cristiano, no consideran que haya que sopesar sus argumentos. Rara vez nos encontramos con razonamientos por la otra parte, casi siempre rabia.

Se ve a la Iglesia como el obstáculo que te impide gozar, aunque ya seas un viejo de ochenta años. Se ve la Iglesia como opresora, aunque no hay mayor opresión que la de los vicios. Después de estas reflexiones, vemos que la Iglesia mantiene la inmutabilidad de la Ley de Dios, pero también la desdramatización al acoger al que quiere guardar de nuevo la obediencia a sus Mandamientos.

Si alguien, después de leer estas páginas, me pregunta si las transgresiones sexuales son pecados veniales; si alguien me pregunta si no se tratan más bien de consejos que de mandamientos; si alguien me pregunta si estos mandatos no son más bien la exposición de un ideal para realizarlo más que de un pecado, mi respuesta será clara: los confesores tienen en cuenta la debilidad de la persona, pero hay que reconocer que esta materia es vital para el mantenimiento de la familia y del resto de las virtudes que componen la vida espiritual. No estamos hablando de un consejo tal como hacer más ejercicio o comer menos colesterol. Estamos hablando de transgresiones que, de por sí, corrompen la visión de las cosas espirituales.

La praxis y la teoría de la Iglesia, en mi opinión, se mueve entre la ley inmutable y la desdramatización, entre la gravedad objetiva y la venialidad subjetiva. En el fondo, la Iglesia aplica el sentido común a los dictados de la razón, moviéndose maternalmente entre la Santidad de Dios y la debilidad de los hombres.

¿Qué es el pecado?

¿Qué es realmente el pecado? En la Biblia se usa la palabra *pecado* para referirse a cuatro realidades: la idea de transgresión (vg. comer lo que está prohibido, incumplir el descanso sabático), el daño al prójimo (vg. matar, robar) o a uno mismo (vg. gula, ebriedad), la ofensa a Dios (vg. la blasfemia, la idolatría).

Transgredir significa ir más allá, traspasar un límite claramente marcado, desobedecer un mandato, cruzar una valla. Las líneas que definen lo lícito de lo ilícito marcan el pecado. Hasta aquí llega lo permitido, más allá está lo no permitido. La raya del pecado es objetivamente una línea definida y clara. Aunque la persona en concreto quizá no la distinga.

Esas líneas demarcan el campo donde reina la paz y la armonía, y el campo en el que nuestra conciencia nos dice que nos internamos en el área de lo que es contrario al Bien. Sabemos que hay un campo para vivir en paz con Dios, con la Humanidad y con uno mismo. Y sabemos que cuando violamos esos límites introducimos una cierta destrucción de esa armonía. También somos conscientes de que hay violaciones graves y leves.

La violación de una de esas líneas limítrofes del Bien, por parte de toda un país, sí que conlleva graves consecuencias para toda esa nación. La felicidad, la tranquilidad, la salud corporal y el mantenimiento de la arquitectura de la sociedad dependen de respetar esas líneas. Traspasar los límites siempre conlleva consecuencias. Cada acto tiene repercusiones. Es interesante observar que cuando la Biblia habla del pecado, da por supuesto que todos o la mayoría han pecado. Los grandes pecados no son frecuentes, pero las pequeñas transgresiones sí que lamentablemente son comunes en esta Humanidad débil. Pero por muy frágiles que seamos, hay que someter la propia voluntad a la de Dios.

Cuando alguien usa del sexo fuera del orden divino, los confesores podemos ser muy paternales, pero hay que dejar claro que esas líneas delimitadoras de lo lícito y lo ilícito existen. La Ley es eterna y el confesor

no puede cambiarla, tampoco la Humanidad puede cambiarla aunque se pusiera toda ella de acuerdo.

El fiel en el confesionario puede alegar que él no quiere ofender a Dios y que no ve pecado en hacer esas cosas. El confesor debe intentar hacerle ver que esas líneas delimitadoras existen. El penitente afirmará, y con razón, que no quiere ofender a Dios:

Penitente: ¡Pero yo no quiero ofender a Dios!

Confesor: La fe es obediencia. Intenta someter tu entendimiento a la dulce enseñanza de las Sagradas Escrituras.

-¿Y si no me someto?

-Yo no te fuerzo a nada. Yo no obligo a nadie a nada. Al menos, sigue haciendo oración, ve a misa, prosigue tu búsqueda de Dios. Busca a Dios por encima de todas las cosas. Pero, de momento, no comulgues. Incluso con la mente únicamente manchada con pensamientos impuros, no debemos comulgar.

-¿Entonces de qué me sirve ir a misa?

-Te beneficiarás aunque sólo fuera por ver el misterio sagrado de la Eucaristía y adorarlo. Sólo con la visión del misterio del Cuerpo y Sangre de Cristo, sólo con tu adoración, ya será eso una luz para tu alma, una fuente de gracias de las que se beneficiará el espíritu que hay dentro de tu cuerpo.

-¿Y si comulgo?

-El Cuerpo de Cristo es lo más puro que existe. Debemos estar puros para recibirlo en nuestro interior. Si comulgamos, debemos estar limpios hasta del más pequeño roce de lujuria o de cualquier pecado grave.

-¿Y, a pesar de todo, si comulgo en pecado?

-La Eucaristía se convertirá en fuente de corrupción para tu mismo cuerpo. Ese sacrilegio no sólo no te hará bien, sino que te perjudicará.

Un Dios que es Bueno

Creemos en un Dios bueno. No adoramos a un Creador que se complace en hacer sufrir. Dios no crea para la infelicidad. Hizo todo este mundo para que hubiera seres que participaran de su felicidad, de su desbordante felicidad. El Altísimo se goza con la alegría de sus hijos. El placer corporal es una de esas alegrías que deliberadamente ha puesto sobre la tierra. No es un Padre que prohíbe sin sentido. ¿Qué clase de Dios estaríamos adorando si fuera arbitrario y cruel? El Ser Infinito todo lo hace bien. Dios determinó que existiera el sexo y fundó la Iglesia. La Iglesia es la encargada por Dios para recordar a sus hijos cómo usar los bienes de la tierra. El demonio y sus seguidores y ayudantes presentan a la Iglesia sólo como fuente de prohibición. Presentan como enfrentados a la razón y al Dios de la Biblia.

Nos pintan por un lado a un Dios triste y exigente, y por otro lado los placeres y la libertad. Qué gran error. Yo por mi edad ya he traspasado la mitad de mi tiempo sobre la tierra, y contemplando el curso de la vida de los demás, veo cuan errada es esa pintura del demonio. Una es la vida de los buenos hijos de Dios, disciplinados, obedientes, trabajadores, que oran y se esfuerzan en cumplir los Mandamientos. Y otra muy distinta es la vida de los que se han dedicado a la vida alegre, sin cortapisas y sin frenos.

Vemos bien claro el final del camino de aquellos que nos ponían la mano en el hombro y con una sonrisa de compasión nos aconsejaron: *Vive la vida*. Ahora, al escribir estas líneas, pienso en personas concretas de mi entorno, de mis amistades, y los amargos frutos que conllevó ese camino para ellos. Cuanto más se alejaron de la Ley de Dios, más sufrieron en su carne y en su alma.

Además, los eclesiásticos no sólo no son inquisidores, sino que ni siquiera pintan todo de color blanco o negro. La Iglesia en su sabiduría hace distinciones, porque es propio de los sabios hacer distinciones. Sólo el necio no hace distinciones y lo soluciona todo con un puñetazo en la mesa. Mientras que la Iglesia entiende y es comprensiva, por ejemplo, con

el problema de dos jovencitos enamorados que no pueden pagarse la hipoteca de un piso, pero que mantienen relaciones desde hace muchos años, siendo entre ellos completamente fieles, queriendo vivir juntos pero no pudiendo hacerlo. Una es esa situación y otra es la situación del solterón egoísta al que no le falta dinero, que podría haberse casado, pero que no quería compromisos y ataduras. Un egoísta que no quiere dar amor y que cada fin de semana busca satisfacer sus instintos. Ciertamente en ambos casos el acto materialmente es el mismo: sexo fuera del matrimonio. Pero espiritualmente no es lo mismo.

El solterón, si tiene muchos años y está muy endurecido en su egoísmo, no da amor y probablemente ya ni puede darlo. Ve en la mujer un objeto de su propio placer. Le dirá cosas a su compañera, compañera de ese fin de semana, que le hagan pensar que la ama, que es única y cosas similares, pero él únicamente va en busca su propio placer. Lo que le diga a ella lo olvidará esa misma noche, porque su pareja tiene un carácter meramente instrumental. Ese ser humano con el que hará el amor es únicamente un trozo de carne con el que satisfacer el propio instinto.

En todos los campos morales, y también en este campo, al hablar de culpabilidad, cuando la hay, podemos estar seguros de que Dios tendrá en cuenta todas las circunstancias. Resulta no sólo humano, sino también racional, hacer distinciones. Cuando hablo de ser comprensivo, no por ello desdibujo las exigencias de la Ley Eterna. ¿Quién no podría ser comprensivo ante ciertas situaciones? No es lo mismo el esposo que por puro vicio se mete en ciertas páginas de Internet, al principio por curiosidad, y que acaba engañando a una esposa que le quiere y que se desvive por hacerle feliz; que el caso de un marinero que pasa meses fuera de casa y que se siente muy solo y que cuando llega a su hogar tiene que soportar el mal temperamento de una esposa que le castiga negándole el débito conyugal incluso la mayoría de esos pocos días.

En algunas situaciones, para resistir la tentación que se pone delante sin buscarla, se requeriría un acto heroico. Sin embargo, ¿significa esto que si se requiere un acto heroico, uno puede transgredir la norma sin

problemas de conciencia? ¿Puede Dios exigir un acto heroico? Para responder a esta pregunta hay que entender que Nuestro Padre sólo busca nuestro bien. Las leyes que nos ha manifestado han sido dadas para que seamos felices, no para destruir la felicidad en nuestro paso por el mundo.

A veces para obedecer la voluntad de Dios hay que ser heroico. Un marido debe ser heroico en la defensa de su fidelidad. Si no lo hace, tendrá que afrontar las consecuencias. Un hijo de Dios, un ser dotado de alma inmortal, debería ser heroico en seguir los caminos del Señor. Si no lo hace, antepone sus pasiones a un querer divino que sólo busca su bien. Desobedecer la ley eterna nunca es el camino para la felicidad ni siquiera en este mundo. El que quiera hacer una excepción, comprenderá la verdad del refrán que dice: *Quien hace un cesto, hace ciento*. Quien hace una excepción, mañana dirá: una segunda vez, la última.

A mí, personalmente, no me importa lo que hagan otros en materia sexual. Pero, como sacerdote, debo recordar a mis hermanos cuáles son los frutos de seguir la Ley de Dios. Incluso a la parejita de enamorados antes mencionada hay que recordarles que no pueden comulgar. Incluso a ellos hay que explicarles con dulzura y bondad que si vivieran una vida enteramente volcada en la oración y la virtud, anteponiendo la voluntad de su Padre a todo, esa situación de castidad les santificaría y su amor se haría mucho más intenso y del todo espiritual.

Por eso, a la parejita de enamorados que tienen sexo sin haberse casado, les ofreceré mi comprensión, les diré que les entiendo, que sé lo difícil que es resistir al amor humano, pero les recordaré que no hacen bien.

Confesor: Si sois conscientes de la Ley Divina, sabéis que así no podríais entrar en el Reino de los Cielos.

Penitente: ¿Pero, padre, Dios condena el amor?

-No lo condena, pero quebrantar la Ley Divina acerca del sexo es el mayor obstáculo al amor humano por noble que sea.

-¡Pero nos amamos!

-Nada debería anteponerse al amor a Dios.

-El amor no es malo, padre.

-Yo os he mostrado cual es el amor perfecto. Y cuando dos enamorados aman a Dios sobre todas las cosas, recae sobre ellos la bendición del Todopoderoso.

-¿Entonces usted nos condena?

-Yo os comprendo como un padre que ve que su hijo pequeño se ha manchado la cara y el vestido comiendo un pastel de fresas y moras. Le comprendo, pero se ha manchado. Mejor sería haber comido correctamente el pastel sin mancharse. Os comprendo, pero no bendigo vuestro amor.

Últimas consideraciones

Al predicar, reconozco que todo este problema es mucho más complejo que un mero *odia al pecado, ama al pecador*. Se trata de un tema con muchos matices, con muchas circunstancias. Algunas personas llegan a pensar que se van a volver locos si no satisfacen su deseo de amor, de sexo, o de ambas cosas a la vez. He dicho *amor*, porque hay amores que son ilícitos; como el amor por un hombre casado. El amor, el más intenso amor humano, puede ser una decisión no bendecida por el Creador de todas las cosas. En unos casos las circunstancias pudieron hacer muy difícil evitar la caída en una u otra pasión. En otros casos, el sexo se acaba volviendo, incluso, una fuerza destructiva. También el amor puede tornarse en un caballo indomable que arrastra a la ruina y desgracia.

Hace años conocí a una chica de casi treinta años, rubia y guapísima, tenía dinero y todo lo que se puede pedir a la vida. Pero cuando era una universitaria enamoró a uno de sus profesores. Se trataba de un capricho pasajero, pero tuvieron relaciones sexuales durante una temporada,

mientras la pasión duró. En esa época, le llamó a esta estudiante por teléfono la esposa del profesor. No fue para gritarle y reñirle, fue para suplicarle que dejara a su marido. Su marido era todo lo que la sufriente esposa tenía y le amaba. Se humilló ante la amante. Perdonaba a su marido, no quería perderlo. Lo único que le pedía era que dejara a ese esposo que era todo lo que tenía y amaba. La estudiante era joven, guapa, encontraría a otros. Sin embargo, la amante fue dura con la esposa, no dejó en paz al marido, sin importarle que eso destruyera una familia. Casi diez años después, ya casada con otro hombre, le sobrevino una terrible enfermedad mental.

Era tristísimo ver a esa chica tan bella, tan joven, que tenía todo lo que alguien puede desear para ser feliz, pero que tenía que lavarse las manos concienzudamente más de cuarenta veces al día. Las manos estaban abrasadas por años de obsesión irresistible. No podía resistir el impulso de lavarse una y otra vez las manos. Entonces recapacitó y me dijo que estaba segura de que aquello era el justo castigo por su acción: *Yo no tuve piedad de esa esposa. Ahora Dios con toda justicia no tiene piedad de mí.* Traté de ayudarle, pero no le dije que no tenía razón.

La esposa le había suplicado, había llorado, se había humillado, pero la amante no tuvo compasión, cerró su corazón a sus ruegos. Ahora era la amante la que sentía cerrado el corazón de Dios ante sus ruegos, el único que ya podía librarla de aquello tras ir de psiquiatra en psiquiatra durante años. Incluso se preguntaba ella hasta cuando resistiría su esposo con una situación que cada vez se le hacía más difícil soportarla, un marido que tenía miedo de que trasladara esos impulsos patológicos de limpieza a su pequeño bebé y que, incluso, pudiera hacer alguna locura en su afán de desinfectar y lavar todo con jabón una y otra vez.

La amante podía haber seguido un camino de penitencia y oración, purificando su alma; sin dejar el psiquiatra, porque realmente ya tenía una patología. Pero, tras una semana, optó por seguir únicamente la vía de la medicina. Yo no la volvía a ver. Le deseo que, al final, encuentre el verdadero camino de la salvación. Este caso sirva como ejemplo de cómo

la Ley de Dios es siempre lo mejor, aunque parezca que nos coarta; la transgresión siempre conlleva consecuencias. La vida loca, la vida sin restricciones, siempre conlleva un precio.

Al hablar de sexo hay que tener en cuenta que durante toda la Historia de la Humanidad, hasta hace no tantos siglos, casi todos los varones y las mujeres estaban casados alrededor de los veinte años. Casarse a los veintidós años ya era casarse tarde. Y, desde luego, era raro esperar hasta los veinticinco. Entonces, la etapa de castidad total estaba limitada a muy pocos años y, además, viviendo en medio de una sociedad que ayudaba a cumplir los Mandamientos de Dios. Ahora los jóvenes en Europa tendrían que mantenerse castos casi hasta los 35 años. Y deberían mantener esa virtud en medio de una sociedad repleta de pornografía y erotismo. Ciertamente que la Ley de Dios es la misma, pero los confesores deben prestar atención (y así lo hacen) a lo heroico que resulta mantener la virtud.

Nada es comparable al remanso de paz, de cariño, de descanso que es la familia. Hoy en día la sociedad se ha saltado las leyes divinas, y vemos que la mayoría de las familias se han acabado transformando en un infierno de peleas, discusiones y odio. Todo el mundo debería preguntarse si no habrá alguna relación entre eso y haber abandonado los caminos del Señor.

A la altura de la vida en la que estoy, ya atravesado el meridiano de mi existencia, creo que puedo contemplar estas cosas con la serenidad que da la edad. De ningún modo desprecio el sexo como algo de poco valor, todavía menos pienses, lector, que lo veo como algo sucio. Nada hay de sucio ni de antinatural en que dos adolescentes de dieciséis años hagan el amor tras una fiesta de fin de curso. Ese acto carnal, placentero, lleno de descubrimientos, Dios no lo contempla con ira. El castigo del Altísimo no se va a derramar sobre ellos por haber cedido al impulso de sus cuerpos. Pero ese acto, por muy natural que sea, tiene consecuencias. O el amor

libre es lícito o no es lícito: no hay término medio. A mi alrededor veo con mis propios ojos los frutos de haber comido del fruto apetitoso prohibido. Me gustaría, sinceramente lo digo, poder decir que a esta sociedad le ha salido gratis la transgresión. Pero no es así. Me gustaría poder decir cosas que suenan tan bien a los ojos de nuestros contemporáneos como que he aprendido que debíamos prohibir menos y amar más. También me gustaría poder decir que puedo comer todo el chocolate que quiera y no engordar. Desearía poder decir que los Mandamientos de Dios son un mero consejo. Pero veo con mis propios ojos los frutos de haber tomado el camino equivocado.

De manera que tengo que decirles a esos adolescentes de dieciséis años que hacen el amor tras una fiesta que o eligen vivir, por ejemplo, como los judíos ortodoxos que no tienen ese tipo de relaciones en la adolescencia, pero que fundan una familia para siempre, una familia unida llena de vida y el amor de los niños bajo la santa reverencia a Dios. O si eligen tener esa noche loca, acabarán como acaban los cuarentones que no se han refrenado: viviendo el infierno de un divorcio, conociendo la soledad, decepcionados con la vida, convencidos de que no existe el amor en este mundo.

En el Jardín del Edén había dos árboles. Los frutos de ambos árboles eran atractivos. Pero el Creador les advirtió que no comieran del Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. Del otro podían comer, y también eran gustosos sus frutos. El sexo dentro del matrimonio es un fruto, y el sexo del matrimonio es otro fruto. Dios nos advierte que no comamos de los frutos de uno de los dos árboles, solamente eso.

Al acabar esta parte del libro, me pregunto si yo debería haber hablado más acerca de lo positivo. ¿Me habré centrado más bien en lo negativo? Sí, ciertamente, pero vuelvo a repetir lo que dije al principio: un joven que, a duras penas, puede contener los caballos de su pasión necesita respuestas claras y nítidas acerca de lo que es lícito y lo que no lo es. Yo no puedo dar aquí respuestas etéreas y vaporosas. Por eso el texto debía centrarse en el por qué de la ilicitud. El discurso sobre la belleza de la

pureza o el discurso acerca de lo grande que es el sexo en el matrimonio no son el tema de este libro.

Aunque permítase ahora decir que si en el sexo Dios puso tanto placer, fue porque Él quería que sus hijos experimentasen esas satisfacciones en medio de este valle de lágrimas. Y no solo está el sexo, ¿hay algo tan agradable como las caricias relajadas, lentas, mientras uno descansa tras el trabajo del día? ¿Hay algo más placentero que un masaje diario antes de dormirse? O ver una película en el sofá de casa abrazado a la mujer que uno ama, con las cabezas reclinadas una junta a la otra. O ver la televisión con la cabeza de la esposa apoyada en el regazo del esposo, mientras este acaricia su largo pelo, sus mejillas, una y otra vez, sin prisas. O a la hora de una siesta veraniega en vacaciones, apoyar la cabeza sobre el pecho joven de la esposa y escuchar sin prisas sus latidos. ¿Hay algo mejor que esto en la vida? Sí, ciertamente, el amor a Dios. Pero después del amor a Dios, nada es más grande que el amor entre un esposo y su esposa. Amor perfecto, incondicional, absoluto, para siempre. Es lo más grande, a no ser que ese amor esté degradado, corrompido, ensuciado y bajo la espada de Damocles de la condicionalidad, de la temporalidad.

El amor que reside en un alma hacia su cónyuge se transmite a través de la corporalidad. El amor es algo invisible, interno. Pero ese algo que está oculto en el espíritu se manifiesta a través del cuerpo. Y no me refiero sólo al sexo, puede ser el dar muchos besos en la cara de la esposa, puede ser una caricia en la mejilla, pueden ser tantas cosas para las que no bastan las palabras sino que se necesita un contacto físico. Contacto físico cariñoso que desembocará, a veces, en ese otro contacto único de los esposos que es el sexo, en el que el cariño se desborda en placer.

Dios estaba tan a favor de que el amor de las almas humanas se transmitiera a través del contacto corporal que no quiso que esto se quedara únicamente en una mera serie de sensaciones agradables como las caricias o los besos, sino que puso en la naturaleza humana toda una gradación de placeres físicos. Y determinó que estos placeres constituirían una verdadera soldadura que uniría férreamente a los dos cónyuges. Los

uniría de un modo totalmente diferente al modo en que están unidos un amigo a otro amigo, un familiar a otro familiar, un discípulo a su admirado maestro. El Creador determinó que la relación sería completamente distinta.

Por eso la pasión sexual ardiente de la juventud une a los cónyuges. Después, ese fuego que suelda dos metales, el fuego de la pasión sexual, se irá haciendo menos intenso con la edad. Pero la unión ya se habrá forjado para siempre. El fuego de la pasión sexual se aminorará, y el sereno calor del cariño aumentará año tras año. Ése es el plan divino. Si bien, los hombres corrompen ese plan perfecto.

Pero Dios también sabía que, precisamente por ser tan fuerte el placer sexual, esta pasión se podía tornar en una fuerza envilecedora, fuente de sufrimiento para los demás. Y no sólo eso, sino que incluso se podía degradar en una serie de perversiones.

Crear una fuente de placer, sí, ¿pero cómo hacer para que esa miel no se convirtiera en un mal? ¿Cómo hacer para que lo que debía unir a los esposos, no se convirtiese justamente en la causa de que se separasen? ¿Cómo hacer para que lo que debía convertirse en soldadura, no se transformase en fuerza que les arrastrase a otros compañeros? Es un tema tan complicado que sólo Dios podía determinar la medida exacta de ese placer y el modo de usarlo. Si Dios hubiera puesto más placer, el sexo hubiera sido todavía más difícil de contener. El sexo se hubiera convertido en una fuerza más indómita y, por tanto, más destructiva.

Dios pudo haber puesto menos placer en la comida: hubiera sido más fácil perder peso, hubiera sido más difícil pecar de gula, con menor dificultad podríamos haber controlado nuestro colesterol, etc. Pero fue Dios el que determinó la medida exacta, conveniente, de placer que debía conllevar el acto de comer. Y así prefirió una serie de inconvenientes, y hasta de pecados, para que sus hijos tuvieran una fuente de placer más en el acto de alimentarse. Y así hizo también con el resto de placeres que encontramos en el mundo.

Dios prefirió crear el sexo a sabiendas de que ese licor sería causa de que aparecieran muchas faltas, pero que la mayoría serían pecados de debilidad. Mientras que los actos heroicos por mantener la pureza serían actos puros de fe y amor. Muchos pecados de debilidad, frente a actos de amor cualitativamente muy superiores. En la balanza no pesan lo mismo el plato de la paja del mal frente al plato repleto de pepitas de oro del amor.

Cierto que a veces el uso del sexo puede pasar a convertirse en algo incluso maligno. Pero, afortunadamente, esos usos del sexo son excepcionales incluso en sociedades paganas. La paja frente a las pepitas; la cantidad frente a la calidad; la debilidad frente al amor. Sí, Dios todo lo hizo bien. Y así la historia humana no es la historia de un fracaso. Claro que ha habido lucha, han habido caídas, ha habido placer que ha unido toda la vida a los esposos, y ha habido pasión que ha desgarrado esa misma unión, pero la historia humana (con todos sus errores) da gloria a Dios después de Cristo pero también antes de su Nacimiento.

Consejos a los cristianos

Qué bello es someterse al plan de Dios. Qué meritorio es inclinar la cabeza ante los mandatos de Dios aunque no los entendamos. Precisamente obedecer es más meritorio cuando cuesta. La humildad frente a la soberbia. La fe que es un tipo de obediencia en definitiva.

Para no pecar de obra, hay que cuidar el pensamiento. Para cuidar el pensamiento, hay que cuidar la vista. Quien mira cosas indecentes comienza a andar por el camino que aleja de Dios. El buen cristiano puede ver una película en la que hay algunas escenas inadecuadas, pero tendrá que apartar la vista de esas escenas para que el fuego de la lujuria no prenda en su corazón. Un buen cristiano si sabe que, en una película en concreto, las escenas inadecuadas son demasiadas, dirá a sus amigos con toda naturalidad que no puede ver esa película: mi religión no me lo permite. El sentido común nos indicará cuando es una buena película con

algunos pocos momentos inadecuados, y cuando es una película en que esos momentos son demasiado numerosos. Lo mismo vale para todo tipo de espectáculos, bailes y cualquier tipo de entretenimiento. Los cristianos no debemos avergonzarnos de manifestar ante nuestros amigos que custodiamos la pureza de nuestros corazones.

¿Y si se cae? Arrepentirse y confesarse. Confesarse cuanto antes, para que el pecado no eche raíces. Ni un solo día con el alma manchada. Cuando uno deja varios días antes de retornar a la gracia de Dios, el alma se va disponiendo a emprender un viaje de no retorno, un viaje que aleja de la paz en Dios. Si hay que confesarse cien veces, uno se confiesa cien veces; si mil veces, mil veces.

Ahora bien, tampoco uno puede confesarse cada día. Si las caídas fuesen tan continuas, es preferible finalmente espaciar la confesión a la frecuencia de una vez a la semana. El sacramento de la confesión es un misterio sagrado. Como costumbre no conviene repetirlo ni siquiera cada dos o tres días. Insisto, como costumbre. Al principio, cuando el alma lucha con fuerza, cuando el alma todavía no está invadida por la debilidad, sí que se puede uno confesar como excepción con mayor frecuencia, incluso aunque uno se hubiera confesado el día anterior.

Pero si las caídas ya ocurren como costumbre a los dos o tres días después de recibir la absolución, es preferible espaciar la confesión a una vez a la semana, para mostrarle a Dios que uno se mantuvo casto los días anteriores al día en que se recibe el perdón en el sacramento de la confesión. Ése es un modo de mostrar con obras el arrepentimiento. La confesión es un encuentro con Jesús en el que le manifestamos nuestro deseo de cambiar y le pedimos que borre nuestra transgresión. La Iglesia permitió la Sagrada Comunión diaria, pero nunca ha sido costumbre en la Iglesia que la confesión se reciba varias veces a la semana como costumbre; sí como excepción.

Confesarse una vez a la semana no es abusar del santo misterio del perdón de Dios presente en el sacramento de la confesión. Recuerde el

pecador que antes se cansará él de pedir perdón que Dios de darlo. Dios que ha sido grande al crear el universo, más grande ha sido al perdonar.

¿Y qué sucede cuando uno obedece, cuando la pureza reina en el corazón de un cristiano, cuando uno es obediente a los Mandamientos de Dios? Pues la paz. El alma está en paz. Hay una felicidad que viene de hacer la voluntad de Jesús. El espíritu que está limpio nota en sí mismo esa limpieza.

II parte

La homosexualidad



La enseñanza bíblica

Quisiera recordar, desde el comienzo de esta segunda parte, que éste no es un libro sistemático acerca de la sexualidad. Sirvan las siguientes páginas como un humilde conjunto de reflexiones acerca esta cuestión. Para reflexionar, lo que sí que convendría tener ante los ojos son los versículos en que la Palabra de Dios trata acerca de este tema.

Aunque algunos quizá tengan la vaga impresión de que la Biblia habla muchas veces acerca de la homosexualidad, y de que una y otra vez nos advierte con las más terribles palabras acerca de este pecado. Nada de eso. En la Biblia sólo encontraremos siete versículos acerca de la homosexualidad. ¡Sólo siete en mil quinientas páginas! Algunos dirán: *Muy bien, de acuerdo, son pocos versículos. Pero seguro que son unos versículos archicondenatorios en los que se amenaza con el fuego eterno.* Pues no, no es así. Aunque muchos creen que la homosexualidad es una iniquidad sobre la que recaen las más terribles amenazas de castigos en esta vida y en la otra, la verdad es que no, como se va a ver.

Las palabras de la Biblia son equilibradas y medidas. Pasemos a analizar esos versículos uno a uno con tranquilidad, sin prisas. Vamos a numerar esos pasajes y a dar a cada pasaje un nombre propio.

Pasaje sodomita: Aún no se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, jóvenes y ancianos, toda la gente hasta el último hombre rodearon la casa. Y gritaron a Lot: ¿Dónde están los hombres que han venido a ti esta noche? Hazlos salir fuera para que los conozcamos (Gn 19, 4-5).

De forma habitual en los sermones, el episodio de Sodoma con el fuego cayendo del cielo se presenta como un castigo de la homosexualidad. Ahora bien, lo que sucedió en esa población va mucho más allá de la homosexualidad. El castigo recae sobre unos hombres cuyas vidas es de una perversidad tal que queda reflejada en ese acto final que se refleja en la Biblia: el intento de una violación pública, en plena plaza.

El acto era tan brutal que Lot ofrece a sus hijas para que las violen antes que a esos hombres. Sea dicho de paso, esto demuestra a qué nivel están consideradas las mujeres en esa sociedad primitiva. La única forma de salvar la intención de Lot es pensar que quizá cuando él realiza ese desesperado ofrecimiento, ya había descubierto el carácter divino de sus huéspedes. De lo contrario es difícil entender cómo puede sacrificar la vida de sus hijas para preservar la de esos hombres que conocía desde hacía tan poco. Aun así, tal ofrecimiento es inexcusable, un reflejo del machismo del más bajo nivel que uno puede imaginarse.

Aunque no podíamos no decir unas pocas palabras sobre el asunto de las mujeres que aparecen en esos versículos, retornando al tema de la homosexualidad, los versículos posteriores dejan claro el carácter violento de esa masa: *Ahora le trataremos [a Lot] peor que a ellos. Y presionaron contra el hombre Lot, y se acercaron a la puerta para tirarla abajo* (Gn 19, 9). Queda claro que el castigo de Sodoma es el resultado de actos mucho peores que el de un mero acto sexual ilícito. Dios castiga una ciudad brutal en la que el vicio y la crueldad se practican de forma pública.

Pasaje guibeano: Mientras [el anfitrión y su huésped] se estaban divirtiendo, los hombres de la ciudad [Guibeá], un lugar depravado, rodearon la casa y comenzaron a romper la puerta. Le dijeron al anciano, el dueño de la casa: saca al hombre que entró en tu casa, para que podamos yacer con él (Jue 19, 22).

Este texto del Libro de Jueces ofrece un notable paralelismo con el texto sodomita. Y eso es relevante, porque aquí no va a darse un posterior castigo divino. Siempre se suele presentar a Sodoma como la prueba de que la homosexualidad merece un castigo divino. Pero se suele olvidar que no hubo castigo divino en la población de Guibeá habiendo cometido el mismo pecado.

Además, el gran pecado que se señala en Guibeá es el de la violencia física para, de nuevo, una violación pública. Fijémonos que si un episodio como éste es posible que llegue a suceder, es porque la homosexualidad estaba más extendida de lo que se refleja en el libro de Jueces y los libros anteriores de las Escrituras. Esos dos pasajes que muestran un pecado social son el indicativo de la homosexualidad como una práctica más usual que lo que ha quedado reflejado en el pasaje sodomítico y guibeano. Y, sin embargo, a pesar de la extensión de esas prácticas, la única cosa que tiene entidad para mencionarse en esos libros es cuando ese pecado llega a ser brutal y público.

Otra vez observamos el nivel al que estaban consideradas las mujeres, ya que el anfitrión les ofrece que violen a su propia esposa y a la concubina del huésped: *Violadlas y hacedles lo que queráis* (Jue 19, 24). Éste detalle de las mujeres en ambos textos no deja de tener relevancia, porque vemos que se trata de un pueblo embrutecido. Esto nos ayuda a entender el por qué de la dureza del castigo levítico a la homosexualidad. En esa época se consideraba normal el que la ley castigase con dureza extrema cualquier transgresión grave. Pero la dureza del castigo hay que entenderla en el contexto de un pueblo violento y embrutecido. El modo en

el que se trata a las mujeres da a entender bien a las claras que los medios para contener lo ilícito en esos tiempos guardaba una correlación con ese nivel de embrutecimiento.

Pasaje nº 3

Prohibición levítica: No yacerás con un hombre como con una mujer es una abominación (Lev 18, 22).

La palabra hebrea *toebah* se suele traducir en español como *abominación* en todas las versiones de la Biblia. Lo mismo ocurre en las traducciones al inglés que siempre aparece como *abomination*. Y es una traducción correcta.

Leí yo cierto artículo en que se decía que se decía que el Antiguo Testamento afirmaba que la homosexualidad era una abominación, pero que también lo era comer ciertos alimentos impuros. Y que por eso se podía considerar esa prohibición como cualquiera de las otras prohibiciones no vigentes ya.

Pero cuando se revisa las veces que aparece la palabra *toebah* en la Biblia, observamos que siempre se usa para acciones muy graves. Del alimento prohibido se dice que es *impuro*, pero no se dice que sea una *abominación*.

Mientras que está calificado como *toebah* acciones tales como engañar en el mercado con pesas falsas (Deut 25, 13-15) o mentir: *Los labios mentirosos son una abominación para Yahveh* (Prov 12, 22); y otras acciones, como que un hombre se vista de mujer (Deut 22, 5). Pero no se califica con esa palabra otras acciones ilícitas menores. Así que el Levítico califica a la homosexualidad como una acción gravemente ilícita.

Pasaje nº 4:

Reiteración levítica: Si un hombre yace con un varón como él yace con una mujer, ambos han cometido una abominación. Ellos deben ser condenados a muerte. Que su sangre caiga sobre ellos (Lev 20, 13).

Repetido este versículo en un sermón, el predicador podría dar la impresión a los fieles de que la homosexualidad es un pecado espantoso como pocos. Pero no hay que olvidar que en el Antiguo Testamento también se condenan con la muerte otras graves desobediencias de la Ley tales como practicar magia, la falsa profecía o, incluso, trabajar en sábado. En esa época los castigos estaban en consonancia con la mentalidad de esos hombres rudos. El único modo de hacer entender que algo era grave era imponer un grave castigo.

Pero este versículo constituía más que nada una enseñanza (aterradora y, por ende, disuasoria), ya que si leemos el resto de libros del Antiguo Testamento, no encontramos que se aplicara esta pena ni una sola vez, con la excepción del *Pasaje guibeano*, que, como ya se ha dicho, fue el castigo de un pecado que iba mucho más allá de la homosexualidad.

Por otra parte, no está de más recordar que los cristianos no estamos bajo la ley del Antiguo Testamento; sobre esto el Nuevo Testamento es claro.

Pasaje nº 5

Pasaje de la herencia: O no sabéis que los inicuos no heredarán el Reino de Dios. No seáis engañados, ni los inmorales ni los idólatras ni los adúlteros ni los afeminados ni los homosexuales (1 Cor 6, 9).

Cuando en este paso se habla de los “inmorales”, la palabra que usa el texto canónico es *pornoí*, por tanto se refiere a la inmoralidad sexual.

Pero así como está clara la significación del término *pornoí*, no resulta tan claro el sentido de la palabra *malakoi* que se traduce por “afeminados”. Sobre la palabra *malakoi* se han escrito muchos artículos por parte de los especialistas en griego. Después de escuchar a los más eruditos, parece claro que la mejor traducción es “afeminados” con una connotación de homosexualidad en esa palabra.

En este versículo, se iluminan las dos prohibiciones del Levítico: la homosexualidad no sólo no es lícita, sino que además es grave. Este versículo deja claro que las dos prohibiciones levíticas no son un mandato temporal que tuviese vigencia únicamente durante la época del Antiguo Testamento.

El versículo lo considera un pecado grave, puesto que aquellos que lo practiquen no entrarán en el Cielo. Ahora bien, esta gravedad hay que entenderla en el contexto del versículo siguiente. Pues se afirma igualmente que *ni los ladrones ni los codiciosos ni los borrachos ni los calumniadores ni los estafadores heredarán el Reino de Dios* (I Cor 6, 10). Es decir, la práctica de la homosexualidad no es lícita, pero tampoco ese versículo nos enseña que esté a otro nivel de gravedad mucho peor que el abuso del alcohol o la codicia. Por lo menos en ese versículo se agrupa con los otros pecados sin añadir más consideraciones.

Pasaje lesbiánico: Por esto Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues aun sus mujeres cambiaron el uso natural por el que es contrario a la naturaleza, y de igual modo también los hombres, dejando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío (Rom 1, 26-27).

El pasaje condena la homosexualidad masculina y femenina. Puede parecer que se daba por supuesto. Y es cierto que darlo por supuesto estaba en el espíritu de los textos bíblicos que alaban la pureza y condenan la lujuria. Pero, de forma expresa, Dios ha querido dejar constancia de que el lesbianismo entra en la misma categoría que la homosexualidad masculina.

Y así denomina a estas obras como *pasiones vergonzosas*; las califica como algo *contrario a la naturaleza*. Y repite la enseñanza de que la homosexualidad masculina ha de ser considerada como *lascivia*. El texto no hace distinción en cuanto a la ilicitud ya se trate de homosexualidad masculina o lesbianismo.

Si los únicos versículos en toda la Biblia que prohíben la homosexualidad fueran las dos prohibiciones del Levítico, podríamos preguntarnos si esa prohibición afecta sólo al Antiguo Testamento o se trata de una ley moral de carácter universal. Pero ya únicamente con esta reiteración en el Nuevo Testamento queda clara la voluntad de Dios de reiterar esta doctrina acerca de estos actos sexuales.

Pasaje de los destinatarios: Pero sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente. Conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, para los fornicarios, para los homosexuales, para los secuestradores, para los mentirosos y perjuros, y para cuanto se oponga a la sana doctrina (1 Tim 1, 8-10).

Éste es el último texto de la Biblia acerca de la homosexualidad Pasaje que recuerda por última vez la ilicitud de la homosexualidad al englobarla en una enumeración de otros muchos pecados la mayoría de ellos muy graves. Lo interesante de este pasaje es que introduce este pecado de la homosexualidad en una lista en la que una buena parte de las acciones mencionadas son pecados abominables. El pecado de homosexualidad está inserto en una lista constituida por siete términos que expresan pecados gravísimos, y siete términos de pecados más ambiguos en los que cabe la venialidad.

Si este fuera el único versículo de la Biblia que hablase de homosexualidad, alguien podría afirmar que la homosexualidad se puede comparar a los pecados menos graves de esa enumeración tales como los mentirosos, o a los pecados más genéricos de la lista tales como el ser transgresor o desobediente. Pero dado leído este pasaje en el contexto de los seis pasajes anteriores, resulta evidente que se trata de una acción tan grave como la fornicación con el agravante de ser contra la naturaleza.

Analizando los versículos en conjunto

Bien, hasta aquí un repaso lo más aséptico que me ha sido posible de la doctrina bíblica acerca de la homosexualidad. Simplemente he querido mostrar qué dicen los textos, uno a uno, y mostrar qué dicen objetivamente si se leen sin prejuicios. Y tomados todos esos versículos en conjunto quedan claras varias conclusiones.

La primera enseñanza que se extrae de una lectura desapasionada es que la homosexualidad supone un uso ilícito de la sexualidad. La homosexualidad no supone un uso neutro o indiferente del sexo, sino que según la Biblia constituye una transgresión del orden divino.

Otra conclusión que surge de forma natural de la lectura de esos pasajes es que la homosexualidad supone un pecado grave. El análisis de las palabras usadas para referirse a ella deja clara la enseñanza de que no se trata de un pecado venial. Las palabras para referirse a esos actos, tal como *abominación*, así como las listas de pecados en las que se inserta son suficientemente claras. Y por si quedara alguna duda expresamente se afirma, en el Nuevo Testamento, que el que practica la homosexualidad no entrará en el Reino de los Cielos.

Al llegar a este punto, no desearía que ningún lector se sintiese ofendido conmigo por estas conclusiones. Yo me limito a reflejar lo que se enseña en esos versículos leídos en conjunto. Hay artículos teológicos que defienden que la Biblia no condena la homosexualidad. Aunque no dudo de la buena voluntad de sus autores, después de leer con suma atención los mejores de esos artículos, sus argumentos no me convencen porque sus autores se ven obligados a retorcer el sentido natural de las palabras. Cualquiera que realice una lectura desapasionada de la Biblia sacará la conclusión natural de que Dios nos dice que la homosexualidad es una práctica gravemente desordenada.

Cuando se han leído los pasajes de la Biblia, cuando se ha reflexionado acerca de ellos, se llega a un punto en el que hay que tomar una decisión: obedecer o no a la Palabra de Dios, creer en ella o no creer, someterse a su enseñanza o resistirla.

Nosotros los creyentes sostenemos que la Biblia nos enseña, que es una enseñanza que proviene de Dios sin error. Debemos ir a escuchar a Dios en su Palabra. El cristiano es el que escucha su Palabra. Bien es cierto que la Biblia no nos habla muchas veces de este pecado, sino pocas. Pero las pocas veces que nos habla, Dios deja claro que no es un uso indiferente del sexo.

Esta lectura lenta, personal, a la escucha de Dios, que he hecho de estos versículos antes de escribir este libro no la he hecho por razones meramente históricas, no la he realizado para enmarcar de un modo erudito esta cuestión. Los bautizados, los renacidos del agua y el Espíritu, creemos en Biblia. Haber renacido supone aceptar su enseñanza. Lo que Dios nos manda en su Palabra debemos aceptarlo. Los hijos de Dios tenemos que ser obedientes con nuestro Padre.

Cierto también que, contrariamente a lo que piensan algunos, en la Biblia no se lanzan los mayores anatemas contra ese uso ilícito de la sexualidad como si fuera una de las peores acciones posibles, ni mucho menos. También es cierto que en las páginas de la Biblia hay preceptos que son para un tiempo determinado, como las prohibiciones alimenticias del Levítico o San Pablo ordenando que las mujeres que acudan a sus eucaristías se cubran con el velo. Pero otras enseñanzas son para siempre, como no matarás o no levantarás falso testimonio.

El lector de la Biblia, leyendo y meditando, año tras año, las sagradas palabras de Dios, será aleccionado por el Espíritu Santo para distinguir lo transitorio de lo permanente. La lectura de la Biblia es un aprendizaje, y el lector aprenderá a distinguir esas cosas incluso aunque careciera de una tradición eclesial que le guiara, como es el caso de algunas comunidades protestantes.

Sé de protestantes que han sido convencidos para leer la Biblia bajo una determinada interpretación progay, no juzgo su rectitud de intención. Me consta lo buenas personas que son algunos cristianos progay. Ellos aman a Dios, no tengo por qué dudar de que tratan de llevar vidas lo más acordes al Evangelio. Los considero personas que quieren ser seguidores de Jesús. No me cuesta nada entender su postura, la cual no me parece que no sea razonable. Pero, por muy razonable que me parezca, hay que reconocer que otra es la enseñanza del Señor. Yo no creo que la homosexualidad sea lícita, porque creo en la Biblia.

A eso hay que añadir que la Iglesia, a diferencia de los protestantes, cuenta con una Tradición. Sabemos lo que creían los primeros cristianos, porque nos lo han transmitido. Y las iglesias repartidas por el mundo desde el tiempo de los Santos Padres se han mostrado celosas en custodiar esa Tradición viva e ininterrumpida porque se trata de una tradición sagrada.

Jesús no habló de la homosexualidad

Pero siendo éste un tema tan importante, tan frecuente en la población, ¿por qué Jesús no dijo ni una palabra sobre la homosexualidad en el Evangelio? En mi opinión, esto no sucedió por casualidad. Deliberadamente no quiso decir nada sobre este asunto. Si hubiera condenado la homosexualidad, los predicadores, generación tras generación, hubieran cargado las tintas sobre este pecado. Eso no ha sucedido, afortunadamente. Y así, por poner un ejemplo, en ninguna parroquia de mi ciudad, Barbastro, oí hablar de este tema jamás hasta que cumplí los veinticinco años y me ordené sacerdote. Digo esa edad, porque, al ser ordenado sacerdote, era yo el que predicaba los sermones. Lo repito porque me parece relevante: nunca oí hablar del tema en un cuarto de siglo entero; aunque podemos descartar los sermones de mi infancia en los que no me enteraba de nada.

Esta ausencia de predicaciones acerca de la homosexualidad no se trataba de un hecho excepcional. Contrariamente a lo que aparece en las películas y las novelas, mi experiencia es que en los sermones no se hablaba prácticamente nada ni del sexo ni del infierno. Diga lo que diga Hollywood, los curas no estaban obsesionados con los pecados relativos al Sexto Mandamiento.

Este hecho se debe a que la Sagrada Escritura condena la fornicación, enaltece el amor matrimonial, pero no insiste en el tema más de lo conveniente. De hecho, la Biblia está más preocupada en evitar todo tipo de idolatría o en ayudar al prójimo que en demonizar los pecados sexuales. Por eso, sapientísimamente, Jesús consideró que para los Evangelios bastaba lo que Él había dicho respecto a la fornicación.

Si uno lee los cuatro Evangelios enteros y los lleva a la oración, se da cuenta de que el mensaje de Jesús es un elogio de la pureza, de la castidad, del amor y la fidelidad matrimonial. Jesús nos pide que no sólo nuestras acciones, sino incluso nuestros pensamientos sean limpios: *Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón* (Mt 5, 28). No era necesario ni insistir más ni entrar en más detalles. Una insistencia de Jesús en las páginas del Evangelio hubiera supuesto una presencia muchísimo más abundante de este tema en los sermones venideros y una mayor insistencia condenatoria.

Jesús no quería añadir más sufrimiento a la condición de los homosexuales que en el futuro iban a vivir en las sociedades cristianas. ¿Para qué añadir más sentimiento de culpabilidad? Dado lo fuertes que son las pasiones, no por eso hubiera habido menos práctica de la homosexualidad, pero sí que hubiera habido más sentimiento de culpa. Imaginemos por un momento a un Jesús que hubiera manifestado dos o tres veces la ilicitud de la sodomía, aunque ni siquiera hubiera sido en el mismo tono que San Pablo, sino más dulce: durante veinte siglos hubiéramos fustigado mucho más a esas personas pensando que no podíamos apartarnos de esa doctrina de dureza. Los hombres siempre vamos más allá de lo que está escrito. Por lo menos a la hora de condenar

y perseguir, sí. Cuantos males hubieran venido de eso: prisiones, condenas, exclusión social.

Ésa también, en mi opinión, es la razón por la que Dios expresamente quiso que hubiera sólo siete versículos en toda la Biblia, con eso bastaba. No había que añadir más pena a la vida de esas personas. Y observemos, además, que en la Biblia se condena la práctica de la homosexualidad, no la condición.

Tampoco debemos olvidar que la homosexualidad debe ser abordada por los cristianos de acuerdo al espíritu del Evangelio. Es decir, se tiene que ser comprensivo con el que cae, misericordioso con la persona que tiene esa tendencia, caritativo con el que necesite nuestra ayuda, entendiendo que lo que realmente importa es el amor, y que hay pecados mucho peores que las faltas de la carne.

No sólo es necesario enfocar la homosexualidad desde el amor y la benignidad del Evangelio, sino que el mismo San Pablo nos enseña varias veces la doctrina de la salvación por la fe: *Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo* (Rom 10, 9).

¿Creo en los versículos de la Biblia acerca de la homosexualidad? Sí, con toda mi alma. ¿Creo en lo que afirma San Pablo en la Carta a los Romanos? Sí, con toda mi alma. Si creemos a la Biblia en lo uno, creémosla también en lo otro. Creamos sus palabras de condenación, pero también en sus palabras de salvación.

Continuamente en esta obra he intentado hacer entender que eso no significa que da lo mismo lo yo haga. No. Mis obras son muestra de esa fe, son manifestación y fruto de esa fe. Si mis obras son torcidas y persevero en ese mal camino, acabaré por perder la fe. La relación que existe entre la fe y las obras no es la que ideó Lutero, sino la que ha profesado la doctrina católica: el Evangelio es una llamada al cambio de vida, al esfuerzo, al abandono del pecado. Pero si al final todo falla, si al final la carne predomina sobre los anhelos del espíritu, recordemos que la salvación es

don. Este mensaje es tan esperanzador. No sólo para los gays, sino para todos los hombres que caen en pecados de debilidad: juego, alcohol, pornografía. Sólo aquellos que pequen con dureza contra el prójimo, tendrán un juicio duro. Pero aquél que tome la benignidad de Dios como excusa para pecar, se encontrará situado en un camino de alejamiento que lleva a cerrarse finalmente a la gracia.

El homosexual, como cualquier otra persona, tiene fácil la salvación si se convierte, cree en Jesús y le sigue aunque sea cojeando. San Pablo condena la homosexualidad, pero recuerda que *el hombre no se justifica por las obras de la Ley sino sólo por la fe en Jesucristo* (Gal 2, 16). Reitero otra vez que estos versículos no se dijeron para que el hombre ya pueda pecar con tranquilidad. Sino para dar esperanza a aquellos que luchando han sucumbido, pero que mantienen intacto el amor a Jesús y su mensaje.

Cierto que el homosexual cargado con sus obras de lujuria no se puede salvar. Pero tampoco el hombre justo cargado con sus obras buenas podrá con ellas comprar la salvación. En ese sentido, tanto el justo como el pecador se salvarán por la fe, por el amor, por la conversión.

Claramente San Pablo nos pide, nos suplica, nos insiste que seamos mejores, que adecuemos nuestras obras a la Ley de Dios, que echemos fuera de nosotros las obras de las tinieblas. Pero después de hacerlo (o de no hacerlo) debemos recordar que somos salvados por la gracia: nuestra salvación, al final, será un regalo, un Dios que nos acoge. Esto no es un mercado en el que yo pago unas obras y se me entrega el Cielo. No podemos comprar el Cielo con nuestras obras.

Y, por supuesto, malos seguidores de Jesús serían aquellos que se burlasen de sus hermanos gays. Jesús no aprobaría que se les discriminase, que se les hiciese más difícil la vida. El que es Puro por antonomasia nos enseña a amarles. El homosexual se tiene que sentir querido. Nuestro Maestro nos enseña el valor de la pureza, pero nos enseña también a ser comprensivos con el que arrastrado por sus propias pasiones se sale fuera

del camino. Debemos emplear el amor y la comprensión con estas personas, sean estos heterosexuales u homosexuales.

La homofobia nunca es alentada en la Biblia, todo lo contrario. ¿Qué armas usar contra la homosexualidad? Armas espirituales: la oración, el buen ejemplo, ofrecerles nuestro amor, ayudarles sinceramente, defenderlas contra la burla.

Pero sería erróneo pensar que a Jesús lo único que le importa es el amor, la caridad, la ayuda al prójimo, y que el sexo no tiene ninguna importancia para Él. Los textos bíblicos son claros, como cuando dice: *Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones* (Mc 7, 20-21). Jesús nunca mencionó la homosexualidad, sino que condena toda forma de inmoralidad sexual.

San Pablo entiende al cristiano renacido del agua y el Espíritu como alguien que se ha lavado y que no debe volverse a manchar con ninguna mala obra: *Y así algunos de vosotros fuisteis lavados, fuisteis santificados. Fuisteis santificados en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios* (I Cor 6, 11). Y hay que entender estas palabras bajo estas otras: *El cuerpo no es para la inmoralidad sexual³ sino para el Señor* (I Cor 6, 13).

La voluntad de Dios ha quedado claramente manifestada. Jesús reprueba el adulterio y simultáneamente protege a la adúltera. El Dios de la pureza nos habla de condenación, de salvación, de prohibición, de esperanza, del camino que aleja, del hijo pródigo que alimentó los cerdos de sus pasiones, de brazos abiertos que acogen.

San Juan hablando de la Nueva Jerusalén escribió: *Y nada impuro entrará en ella* (Ap 21, 27). Sí, sin ninguna duda, la doctrina de las Escrituras no nos enseña que todo da lo mismo. Pero lo que dice San Juan en este versículo se aplica también a los heterosexuales. Casi todos, como

³ *Inmoralidad sexual* en griego “porneia”.

en la parábola del deudor perdonado, tenemos ante Dios una deuda de diez mil talentos (Mt 18, 24). Todos, heterosexuales y homosexuales debemos obrar con temor por nuestra salvación.

La cuestión del castigo de Sodoma

Hace muchos años, en mi primer viaje a Estados Unidos, contaba yo entonces con veinte años, un cristiano me hizo este comentario que reproduzco literalmente: *Si no cae pronto un gran castigo sobre la ciudad de San Francisco, Dios va a tener que pedir perdón a Sodoma*. Me quedé sorprendido ante tal comentario, no dije nada; tampoco sabía muy bien qué pensar. Ha pasado más de un cuarto de siglo, no ha caído tal castigo y, desde entonces, he leído y meditado mucho las sagradas páginas de la Biblia, y ahora sí que podría decir algunas cosas ante tal comentario.

Primero, ciertos castigos extraordinarios que aparecen en la Biblia fueron hechos completamente excepcionales. Enseñanzas divinas que nada tienen de usual. Quien quiera hacer del castigo insólito (por muy bíblico que sea el hecho) la regla habitual del obrar de Dios se quedará defraudado ante la realidad.

En el Nuevo Testamento, esta enseñanza queda todavía más clara. Los mártires mueren. El César de Roma, al perseguir a los cristianos, no es castigado de un modo extraordinario y patente como el Faraón. No estoy diciendo que el César o cualquier pecador no sea castigado en absoluto. El pecado atrae el castigo. Pero el castigo raramente será extraordinario, es decir, raramente será un castigo venido directamente desde el cielo de un modo visible.

Y eso también vale para la bendición. El hombre justo deberá esperar el premio en la otra vida. Eso no significa que la virtud no atraiga la bendición de Dios. Pero raramente ésta será al modo milagroso de algunos personajes del Antiguo Testamento, porque ni siquiera en la vida de esos personajes lo extraordinario fue lo habitual.

Por otra parte, ya se ha señalado que el castigo de Sodoma y el de Gibeá tienen que ver con otro tipo de pecados más graves que el de un mero pecado personal en esta materia. De todas maneras, una vez que se han hecho estas aclaraciones, también hay que reconocer que la conexión del castigo de Sodoma con la homosexualidad en ese pasaje no es casual. Dios sabía que ese episodio iba a ser famosísimo en toda la historia de Israel y del cristianismo. Luego Él era consciente de lo fácilmente que, de forma espontánea, se iba a establecer una conexión entre homosexualidad y castigo. ¿Quiso Dios decirnos algo con eso? Considero que sí. Dios quiso enseñarnos que la homosexualidad si se torna una práctica común, colectiva, si se convierte en algo aceptado y usual, corrompe a la sociedad y se cometen pecados peores. Los cuales sí que atraen el castigo de lo alto.

Pero fijémonos que en el *Pasaje guibeano*, a pesar de ser el mismo pecado que en el texto sodomítico, el castigo viene de parte de los hombres. La enseñanza de estos dos textos es que alguna vez los castigos a la colectividad procederán directamente de Dios (la peste, un terremoto, un desastre natural), pero que la mayor parte de las veces el castigo se realizará a través de la intermediación de causas humanas.

Después de todo lo dicho, ¿el individuo homosexual que se ha dejado llevar de su pasión carnal debe esperar un castigo como el del pasaje sodomítico? No, claramente hay que decir que no. De hecho, la experiencia demuestra que hay homosexuales que llegan a la ancianidad de un modo sereno y tranquilo. Hay que recordar, insisto, que en ese pasaje sodomítico se cometen iniquidades que van mucho más allá de la homosexualidad personal. En ningún lugar de la Biblia se amenaza específicamente a la homosexualidad con un castigo terreno. La retribución de los homosexuales se pospone a un juicio divino.

De ningún modo una sociedad enteramente cristiana puede querer realizar sobre la tierra el juicio de Dios sobre los homosexuales. Realizar eso, anticipar ese juicio, sería ponernos en el lugar de Dios. Sólo el Juez Eterno tiene todos los elementos para juzgar. Quizá el juzgado tenga mejor corazón que el juez humano. Quizá el juez humano merecería un castigo

peor. Nosotros los hombres no podemos usurpar el papel de Dios como Juez. Nosotros sólo podemos repetir las enseñanzas divinas. Nuestra misión no es juzgar.

Qué duda cabe que la homosexualidad se trata de un modo muy distinto en el Antiguo Testamento y en el Nuevo. El Antiguo enfoca este tema desde la objetividad de la Ley: la Ley debe cumplirse, el Pueblo Elegido debe ser santo, la transgresión ha de ser castigada, punto final. Es una ley dura para hombres espiritualmente rudos, como decía San Pablo en el *Pasaje de los destinatarios* de la Ley. Mientras que el espíritu del Nuevo Testamento nos obliga a enfocar la tendencia de estas personas desde la comprensión y el amor.

Si en el Pueblo de Moisés esta acción debía castigarse por parte de la autoridad, era un deber, en el Pueblo de la Nueva Alianza debemos dejar cualquier juicio a la autoridad de Dios. Nosotros debemos apartarnos de la impureza, de toda forma de impureza, pero a los demás les deseamos que Dios les ayude, les deseamos la felicidad, no les rehusamos nuestra amistad ni como familiares, vecinos, amigos o compañeros de trabajo.

¿Es esto homofobia? ¿Es odio al homosexual no pensar en todo como ellos? En un país de hombres libres, ¿se penará con multas y cárcel al que considere que una determinada práctica sexual es ilícita?

¿El homosexual nace o se hace?

En mi opinión, hay tres tipos de homosexuales. Qué duda cabe que algunos hombres son encauzados hacia la homosexualidad por un amigo que les incitó en la pubertad y con el que mantuvieron una relación continuada durante meses. Eso, en ocasiones, no siempre, es suficiente para encauzar la sexualidad de alguien en una dirección.

También existe otra clase de hombres (el mismo razonamiento vale para las mujeres) que nacieron heterosexuales, se casaron con una mujer, pero en su búsqueda del placer, experimentaron, buscaron nuevas sensaciones y acabaron cayendo en la homosexualidad. Este tercer tipo de gays podríamos decir que lo son por vicio. Son los gays que se han hecho a sí mismos gays.

Pero, aunque existan estos dos tipos de gays, estoy convencido que otros muchos, la mayoría, han nacido gays. ¿Qué es lo que hace que un toro sienta atracción por una vaca, o que el zángano sienta atracción por la abeja-reina, o que la rana-macho sienta atracción por la rana-hembra? Indudablemente, la biología. En el mundo animal, son mecanismos puramente biológicos los que causan que el sexo masculino sienta atracción por el femenino y viceversa. ¿Por qué no pensar que ese mecanismo biológico puede estadísticamente *averiarse* en algunos cuerpos humanos?

Nuestro cuerpo es como el cuerpo de los animales y estadísticamente siempre hay disfunciones cada vez que aparecen individuos nuevos. Hay disfunciones en la vista, en el sistema digestivo, en la piel, en los riñones. ¿Por qué el mecanismo de atracción sexual debería ser el único que no puede padecer disfunción alguna desde el principio, por razones genéticas, químicas, hormonales? Repito que la atracción sexual es algo meramente biológico, y la biología, a veces, se estropea.

Muchos cristianos sienten aprensión a aceptar que alguien pueda nacer homosexual. Porque piensan que si la homosexualidad es un acto ilícito, Dios no puede hacer que alguien nazca con una tendencia a algo que está fuera del orden de Dios. De ahí que en siglos pasados muchos cristianos consideraban equivocadamente que la tendencia homosexual era algo que tenía que ser aceptado, libre, escogido. Pero, incluso en esos siglos pasados, la mayoría de los cristianos, dotados de sentido común y experiencia, eran de la opinión de que, en la mayoría de los casos, esa tendencia no tenía nada de elección.

Desde siempre hace siglos y siglos, las mujeres, especialmente las mujeres, se daban cuenta de que algún que otro niño desde pequeñito mostraba un patente afeminamiento. Lo llamativo era ver como entre todos esos infantes criados en la misma casa, con las mismas mujeres, con la misma educación y ambiente, de tanto en tanto, aparecía uno manifiestamente amanerado desde su más tierna edad, mucho antes de que apareciera la más mínima tendencia sexual. Como me decía una amiga mía: *De vez en cuando, entre todos los niños, nosotras a veces encontramos a algunos a los que se les notan unos gestos tan femeninos que no los vemos de ni en las niñas.* Y este tipo de casos, ya antes de la pubertad, siempre se han mostrado como completamente irreducibles hacia la tendencia heterosexual.

Algunos cristianos, también de buena fe, reconocían que la homosexualidad no era cuestión de elección ni de vicio, por lo menos en la mayoría de los casos. Pero pensaban y piensan que, al menos, es curable. Tanto los cristianos que piensan que es algo que se elige o, al menos, curable, lo hacen con la intención inconsciente de salvaguardar la bondad de Dios, pensando que Dios no puede condenar a alguien a vivir de esa manera toda la vida.

No se dan cuenta de que Dios puede permitir la tendencia del mismo modo que permite otras cruces como las enfermedades, la pobreza y tantas otras cosas que sin culpa las personas sufren, a veces, desde el nacimiento. Si aceptamos el valor de la cruz personal, si entendemos por qué Dios permite que algunas personas sufran, no hay ningún inconveniente teológico en aceptar que haya individuos que nazcan con esta cruz en concreto.

Cuando yo era párroco, me vinieron a ver, a lo largo de los años, un cierto número de homosexuales: querían estar en paz con Dios, sufrían. Cuando ya tenía yo confianza con ellos, después de haber charlado y paseado con ellos muchas veces, les hice preguntas para yo mismo entender mejor su situación. Y una de las cosas que les pregunté era desde cuando habían sentido esa tendencia. Varios me respondieron que desde el

mismo comienzo de la pubertad. Y les preguntaba: *¿Pero no te gustan nada las mujeres, no sientes la más mínima atracción?* Y me contestaban con toda sinceridad que ni la más mínima.

Recuerdo la primera conversación que tuve sobre este tema con un joven de veinte años de mi parroquia. El pobre chico no sabía qué hacer. Estaba sufriendo muchísimo. Yo le dije: *Vamos a ver. Imagina que te encierran en una habitación con una chica rubia de ojos azules, guapísima, impresionantemente guapa, y los dos estáis totalmente desnudos. Y estáis encerrados durante días. ¿No ocurriría nada entre vosotros?*

El joven me contestó con total seguridad, no tuvo el más mínimo atisbo de duda: *Le aseguro que no ocurriría nada.* Entonces, le dije: *Pues mira, deja de sufrir. Trata de ser casto, ora, lleva una gran vida espiritual. Cada vez que quieras confesarme, aquí me tendrás. Pero no te atormentes. No te puedo decir que si tienes sexo con un chico, eso le es indiferente a Dios. Pero Dios te ama, aunque, por causa de la juventud, ahora será fácil que te dejes llevar de la lujuria.*

Recuerdo que, desde ese día, yo ya no tuve la menor duda: algunos nacen homosexuales. Nunca se me hubiera podido pasar por la cabeza que se pudiera estar encerrado durante días con una mujer desnuda guapísima y que un chico de veinte años pudiera contestar sin dudar que no sucedería nada de nada. Ni yo mismo podría asegurar tal cosa al 100% si fuera encerrado en esas condiciones un solo día entero; y quizá, incluso, tampoco lo podría asegurar estando encerrado menos tiempo. Era evidente: algunos nacían con esa tendencia y no había que darle más vueltas ni añadir más sufrimiento ni más carga de culpabilidad. En todo caso, lo que había que hacer era hacerles más llevadera esa cruz.

Desde luego amenazar con el infierno, con un Dios airado, habría sido lo peor que un buen padre espiritual hubiera podido hacer con estos atribulados hijos. ¿Que mis palabras quizá a algunos les llevó a

abandonarse a la lujuria? Quizá. Pero peor hubiera sido conducirles a la desesperación.

Si yo hubiera sido duro y amenazante con ellos, sólo hubieran dejado de pecar por una breve temporada, para después lanzarse de cabeza a la lujuria rompiendo totalmente con el cristianismo. Era preferible que fuesen adonde fuesen, me dieran la mano y que sintiesen que yo acogía esa mano con todo el amor del mundo.

Unas veces venían a pedir el perdón de Dios. Otras veces venían sólo a charlar sobre sus problemas, sobre su amor a Dios. En esos casos, les decía que si querían les daba una bendición para que Dios les ayudara. Les imponía las manos en silencio, me concentraba en pedir que Dios les otorgara algún tipo de gracia o de consuelo.

Siempre que un homosexual ha venido a hablar conmigo, todos, sin excepción, me han reconocido con gratitud que los sacerdotes les han tratado como verdaderos padres: con amor y comprensión, animándoles y consolándoles. Ni una sola vez, alguno me ha dicho que ha sido maltratado por las palabras de un sacerdote.

Otra cosa son las palabras de algunos vehementes predicadores evangélicos del fuego y el azufre. Ese tipo de predicaciones fanáticas nunca se han escuchado bajo las bóvedas de San Pedro del Vaticano ni de la bondadosa boca de un anciano y santo confesor. Ese tipo de sermones protestantes del infierno sólo buscan enardecer a los presentes, entusiasmarles con la condenación de los otros.

No ha sido ésa la costumbre católica de siglos pasados. En la soledad y penumbra del confesonario, los sacerdotes han ejercido de padres para estos hijos. La Ley de Dios era clara, pero la aplicación en el confesonario estaba llena de amor. Pero en el catolicismo siempre ha existido una gran comprensión, muchas veces rayana la manga ancha.

Después de todo lo dicho, ¿conviene que vayan al psiquiatra los homosexuales para que les cambien su orientación? Las varias veces que

estas personas me han consultado si era bueno ir a ver un psiquiatra que decían que curaba la homosexualidad, les he dicho: *Mira, si quieres un consejo: no vayas. Te van a marear, lo vas a pasar fatal, y, al final, no vas a conseguir nada. Acéptate como eres, trata de no sufrir, vive tranquilo, ama a Dios, y ya está.* Cuando alguno me ha insistido si no sería bueno intentarlo, le he dicho rotundamente que no. Trastear en la cabeza de alguien es muy delicado. Una cosa es que a uno le gusten las personas del mismo sexo, y otra que le metan en la cabeza cosas bien raras. Al final, uno acaba con la misma tendencia de siempre y con sentimientos de culpa acrecentados, todo metido en el mismo saco.

Al homosexual hay que predicarle el camino de pureza de Jesús, pero ni crear ni acrecentar sentimientos de culpa si ya los hay. Desde el enfoque positivo que se ha dado en esta obra al sexo, hay que predicar el camino del bien perfecto, pero no hay que acrecentarle sus sentimientos de culpa si estos existen.

Algunos psiquiatras sostienen teorías tan peregrinas como que esa tendencia se debe a un padre que no le dio amor en la infancia. Esta curiosa hipótesis lo único que me demuestra es que a esos psiquiatras les falta la experiencia y el sentido común de los viejos confesores. La atracción sexual es algo esencialmente biológico, sin que importe si tu padre te amó o no en la infancia.

Freud intentó hacer creíbles mil historias fantásticas del subconsciente, historias fantásticas con apariencia científica. Ahora, algunos psiquiatras, para defender la moral cristiana, tratan de convencernos de mecanismos tan peregrinos como los de Freud sólo que se trata de teorías cristianizadas del subconsciente. Si Freud nunca me convenció cuando me asomé a sus textos originales, ¡qué imaginación para engendrar teorías!, tampoco me convencen los freudianos cristianos, ¡qué curiosas especulaciones con el buen fin de defender la moral cristiana! Más vale que nos dejemos de ese tipo de elucubraciones irreales y pongamos en todo este asunto más sentido común. Sentido común teológico (para dar un mensaje de esperanza y consuelo) y sentido común

psicológico para aceptar que hay personas que nacen así y que la pasión sexual, de la tendencia que sea, es una fuerza muy poderosa con la que, a veces, no queda más remedio que convivir.

Los eunucos

Siempre digo que Jesús no habló de la homosexualidad. Pero a mí me parece encontrar una enseñanza escondida sobre este tema que tratamos en el pasaje en el que Jesús dijo: *Porque hay eunucos que han nacido así del seno de la madre, y hay otros que han sido hechos así por los hombres, y hay otros todavía que se han vuelto tales por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda* (Mt 19, 12). Este pasaje siempre ha sido entendido referido al celibato por el Reino de los Cielos. Tal interpretación es correcta, pero un día se me ocurrió que un homosexual, en cierto modo, es como un eunuco respecto a las mujeres. Y entonces me vino a la mente la siguiente forma de entender este versículo:

1. *Hay eunucos que han nacido así del seno de la madre.* Hay homosexuales que nacen con esa tendencia.
2. *Hay otros que han sido hechos así por los hombres.* Hay hombres que son encauzados hacia la homosexualidad por alguien que les incitó, sobre todo si eso sucedió a edad temprana.
3. Otros se han hecho a sí mismos. Es decir, hay una tercera clase de hombres que nacieron heterosexuales, pero que se hicieron a sí mismos homosexuales en su búsqueda del placer, en su búsqueda de nuevas experiencias. Este tercer tipo de gays podríamos decir que lo son por vicio.

A algunas personas de esta tercera categoría, los homosexuales que se han hecho a sí mismos homosexuales por vicio, se les aplica el final de ese versículo (vuelto del revés) en toda su dureza: se han hecho homosexuales para el Reino del Infierno. Es decir, su desenfreno sexual ha llegado a tal medida que les ha apartado de la vida del espíritu, de la fe, de la adoración a Dios.

También se podría aplicar el final de este versículo a aquellos homosexuales que, aun habiendo nacido homosexuales o habiendo sido encauzados a ello por los hombres, después se han hecho a sí mismos hasta tal punto viciosos que la carne ha ahogado totalmente la vida religiosa, tornándose esa pasión en odio hacia cualquier religión. Esta aversión a lo espiritual asimismo la hallamos en algunas prostitutas; por supuesto que no en todas. Pero en algunas se ve que entrega a la lascivia ha apagado cualquier movimiento hacia las alturas, engendrando en ellas el odio hacia cualquier forma de adoración a Dios.

Puede parecer que soy muy duro, pero las cosas son así. He conocido a homosexuales que han mantenido la fe en Jesús, se han levantado de sus caídas y se han santificado en esa lucha; con imperfecciones, pero han logrado un galardón para el cielo. Mientras que todos sabemos de otros que no sólo se han cerrado enteramente al mensaje de salvación del Evangelio, sino que incluso se han revuelto con verdadero odio blasfemo hacia el cristianismo,. Sí, ciertamente algunos se han hecho a sí mismos eunucos del reino del infierno.

David y Jonatán

Aunque no hablan directamente de la homosexualidad, sí que me gustaría detenerme en un pasaje concreto. El primero es el de la amistad entre David y Jonatán tal como aparece en 1 Sam 18, 3-4. No se dice que fuera una relación homosexual, pero cuando leí este pasaje por primera vez sin ninguna explicación previa lo que me vino a la mente de forma espontánea era que entre David y Jonatán existía una relación carnal y no meramente de amistad.

Como el texto no es claro y sólo sugiere, nunca lo sabremos con seguridad. Pero no pasaría nada si un personaje inspirado por Dios, un instrumento del Altísimo, pudiera haber tenido este tipo de relaciones. Una cosa era el amor que sentía David por Dios, y otra ese hecho sexual; lo uno

no invalida lo otro. La Biblia en más pasajes nos cuenta como Dios usó como instrumentos a hombres que distaban mucho del ascetismo y desapego de las cosas materiales que algunos piensan que es imprescindible para ser usado por Dios.

La reflexión respecto a este pasaje nos ofrece luz respecto a si un homosexual puede ser aceptado en el estado religioso o en el clerical. Por supuesto que puede ser aceptado. Un hombre, sea cual sea su tendencia, si está dispuesto a mantener la castidad y lo logra en los cinco años de seminario y los dos de pastoral, podrá ser aceptado al estado clerical.

Pero si, en los dos primeros años de seminario, no logra mantener la castidad, debe retirarse del seminario a tiempo. Seguir adelante a toda costa, supondría vivir infeliz el tiempo que esté sobre la tierra y tocar con manos impuras las cosas sagradas, lo cual le acarrearía el castigo de Dios.

Lo lógico es lograr vencer los vicios en el primer año de seminario. Me refiero a cualquier vicio y no sólo a los carnales. Si se ve buena voluntad y perspectivas de victoria, se le puede conceder un segundo año. Si acabado el segundo año, un vicio grave persiste (bebida, pornografía, juego, etc), debe desaconsejarse seguir adelante en el camino al sacerdocio. Una cosa es una caída puntual, esporádica, y otra un vicio. Una caída a la semana en la masturbación constituye un vicio. Una caída cada dos meses es una caída esporádica, no un vicio

En cualquier caso, por concretar más, ya que puede ser necesario dar luz en algunos casos, si un seminarista es casto, (insisto, si ha logrado ya la castidad) pero ha caído en pecado con alguien, sea un pecado heterosexual u homosexual, al menos debería haber tres años de perfecta pureza antes de las sagradas órdenes. Eso como mínimo y sin el vicio de la masturbación. Con el vicio de la masturbación (vicio, insisto, no caídas muy esporádicas) se debe encauzar a ese seminarista al matrimonio o a formas de vida consagradas en el mundo. La regla es la misma para heterosexuales y homosexuales, la castidad debe ser una virtud consolidada antes del sacerdocio, consolidada durante años.

Concretando de forma totalmente concreta: ¿puede recibir las sagradas órdenes el que cae varias veces a la semana en la pornografía? La respuesta es no. ¿Puede ordenarse el que cae una vez entre un mes y dos meses? La respuesta es sí. Pero debe haber una clara voluntad de vencer esa debilidad. ¿Y los que caen en medio de estos extremos, entre el vicio y lo esporádico? Será el confesor el que mejor podrá aconsejar caso por caso.

David pecó pero después se arrepintió. Un David abandonado a la lujuria no hubiera podido ser usado como instrumento de Dios del modo que lo fue. Lo mismo hay que dejar claro a los seminaristas, un hombre atrapado por un vicio grave, sea éste el que sea, no va a poder ejercer un trabajo espiritual como es la labor del sacerdote. En el sacerdocio no se puede distinguir entre vida personal y vida de trabajo, forman una unidad.

Cuestiones familiares

Alguna madre me ha planteado la cuestión de si debía invitar a la pareja lesbiana de su hija a la comida de Navidad. Mi respuesta ha sido que sí: *Usted ya ha dejado clara su postura, ahora simplemente dé amor a su hija*. La misión de la madre no es insistir con continuos sermones ni mostrar su desagrado todos los días que estén en casa. Así, ciertamente, no se logrará nada positivo, sino todo lo contrario, aumentar la amargura.

Una vez que se ha dejado clara la postura de un creyente, sólo queda dar amor. Y, por supuesto, eso significa ser amable con la pareja del hijo o la hija. También hacia ellos hay que mostrar cariño. Y eso supone bromear con ellos, pasárselo bien, salir al cine o de excursión. Esa pareja, para bien o para mal, ya forma parte de la familia, ya está insertada en las cenas, sobremesas y demás relaciones de la familia, por muy cristianas que sean las personas que la componen. El trato, por lo tanto, será bondadoso y normal. Esto también vale para parejas heterosexuales no casadas.

La otra cuestión que se plantea es que si vienen de visita a mi casa, ¿debo ponerles en una misma habitación? Si en la casa hubiera habitaciones suficientes, lo ideal sería decir a cada uno cual es su habitación, dándoles dos habitaciones distintas sin hacer preguntas ni hacer comentarios. Vuelvo a repetir que esto vale también para parejas heterosexuales no casadas. Uno les da dos habitaciones, pero si en la mitad de la noche uno de los dos se pasa a la otra habitación, no parece lo más adecuado aporrear la puerta hasta que salga la persona que furtivamente ha entrado.

¿Hay que golpear la puerta y gritar hasta que esa persona salga? ¿Hay que agarrarla por el pijama y arrastrarla fuera de la habitación por la fuerza? Evidentemente, no. En esos casos uno tiene que pensar que se ha hecho todo lo posible y que ya no es razonable hacer más. Se puede hacer más, pero no sería razonable. La actuación irrazonable les alejaría de Dios. Y lo que pretendemos como fin de nuestras obras es que las personas se acerquen a Él.

Ahora bien, más problemático resulta si sólo hay una habitación disponible en un pequeño piso. ¿Lícitamente se les puede ofrecer esa única habitación a dos personas no casadas, sean éstas heterosexuales u homosexuales? La respuesta a esta pregunta entiendo que puede admitir disparidad de pareceres entre los moralistas. Lo mejor será consultar al propio confesor para que valore cada caso con todas sus circunstancias.

Aun así, como este tipo de situaciones son muy dolorosas para muchas familias, voy a extenderme algo más en mi opinión para ofrecer algo de luz. Primero de todo, imaginemos una situación extrema. El caso de dos lesbianas que llevan juntas ya veinte años y que son invitadas a la cena de Navidad por su madre, quizá la última vez que madre e hija van a poderse ver juntas por la edad de la madre. Pero la madre vive en una casa en mitad del campo, muy lejos de la ciudad, donde no hay ningún hotel. Y la madre es consciente de que ofrecerles esa habitación a las dos o sólo a una es causa de que vayan o no vayan a esa cena, porque así se lo ha manifestado su hija. La madre puede pensar: ¿Es seguro que tendrán

relaciones sexuales esa noche? Como se ve, puede haber muchas circunstancias que hacen difícil a los moralistas ofrecer una sola respuesta tajante.

El caso extremo expuesto, en mi opinión, muestra que, en ocasiones, se puede ofrecer la única habitación libre de la casa a un pareja no casada, heterosexual u homosexual. Incluso en casos no tan extremos, también se puede hacer lo mismo. De lo contrario, tampoco podrían quedarse en casa a pernoctar unos amigos divorciados y vueltos a casar.

La palabra clave para determinar la moralidad de ese acto es la palabra *permitir*. Una calificación moral tiene la palabra *hacer* el pecado y otra *permitir* lo ilícito. Si no existiera tal distinción, pecaría el padre que compra un ordenador a su hijo si sabe que éste lo va a usar, además de para asuntos lícitos, también para ver pornografía. Si no existiera tal distinción entre hacer y permitir, el padre pecaría por hacer una cosa (comprarle el ordenador al hijo) dado que sabe que en el caso de su hijo lo va a usar para ver cosas ilícitas.

Si en la época de Josué, nada más entrar en la Tierra Prometida, un israelita se hubiera casado con una filisteo, y este hebreo hubiera ido a celebrar la cena de Sabat con sus padres hebreos, los padres enfadados hubieran echado al hijo y a su mujer pagana fuera de casa como personas impuras. No les hubieran permitido ni cenar con ellos ni dormir bajo su techo. Hubieran arrojado fuera de casa la impureza. Ésa hubiera sido la acción virtuosa en una época en la que todo el pueblo seguía los caminos del Señor. Todos obedecían a la Ley y había que alejar el pecado del Pueblo Elegido sin compromisos ni titubeos.

Ahora bien, en la época de Jesús, los matrimonios mixtos no eran pocos. Esa mezcla era ya un hecho inevitable que no tenía marcha atrás. Jesús ya no hubiera se hubiera comportado con un filisteo como lo hubiera hecho Josué. Los tiempos habían cambiado. Aplicar la Toráh en todo su rigor primigenio ya no hubiera acercado a Dios a las personas, sino que las hubiera alejado. Y la ley mosaica se entregó para acercar a las almas a

Dios. Por eso Jesús no lapida a la adúltera, a pesar de lo que ordenaba en el Levítico; por eso cura a los gentiles y tiene trato con los publicanos, por eso tampoco exige a la samaritana del pozo que renuncie al culto cismático de Samaría. Jesús no aprueba el cisma de Samaría, pero prefiere hablar de otros temas.

Cierto que en la época de Moisés o en la generación de Josué las cosas eran de otra manera, la Ley se aplicaba en toda su dureza. Pero hay que recordar que la Toráh se dio para gente muy ruda, tremendamente endurecida en la aceptación de la esclavitud, en la consideración de la mujer como un objeto, gente acostumbrada a las masacres y la venganza. Por eso San Pablo en el *Pasaje de los destinatarios* dice que la Ley fue dada para ese tipo de gente.

Pero el Evangelio nos lleva a buscar ante todo el bien de las almas. Aceptar a la pareja de nuestro hijo en nuestra familia y darle mesa y habitación no es una traición a la Ley de Dios. Tal aceptación de la persona (no del hecho ilícito) entra dentro del espíritu del Nuevo Testamento. Lo contrario es hacer que en nuestra casa triunfe la ley objetiva, pero que las almas se alejen con una herida en el alma que puede durar hasta la muerte.

El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado. Si en un caso concreto está claro que la Ley de Dios no se va a obedecer, es preferible hacer lo que sea posible para que ese hijo y su pareja se acerquen a Dios a través del ejemplo de una familia cristiana con la que van a convivir. Lo contrario sería anteponer una especie de pureza legal al bien de las almas: nada impuro entra en casa, pero a costa del bien del alma de mi hijo.

Habrà quien objetará que con esa regla siempre se podría permitir el pecado para no alejar a las almas ya pecadoras. Pero no estamos hablando de que siempre se pueda permitir todo. Nuestra moral nos dice que nunca podemos nosotros pecar, pero sí que afirma que a veces podemos permitir lo ilícito. No es lo mismo pecar que permitir. La razón nos dice que, en

ocasiones, no hay que permitir algo; pero que, en otras ocasiones, lo prudente es permitir algo.

Por todo lo cual, ponderadas todas las razones, pienso que un seguidor de Cristo puede ofrecer una habitación de la casa a una pareja que no está casada y a una pareja del mismo sexo; y eso es lícito aunque los casos no lleguen a ser tan extremos como el propuesto. Uno no hace un acto intrínsecamente malo, sólo ofrece un lugar para pernoctar. Cuando una acción no es intrínsecamente mala, se rige por las reglas de las acciones de doble efecto. Y en este caso, el efecto bueno de la caridad es muy superior al hecho de que haya una relación sexual no lícita bajo ese techo.

Alguno objetará que San Juan Bautista no lo hubiera permitido en su propia casa. Cierto. En el antiguo pueblo de Israel, eso no se hubiera permitido; ni tampoco en la Edad Media. Pero lo que no es conveniente permitirlo en una sociedad enteramente religiosa, puede ser totalmente lícito en una sociedad postcristiana.

Homosexualidad y democracia

No hace falta decir que las imágenes horripilantes de un homosexual arrojado en Irak desde lo alto de un edificio por fanáticos yihadistas o las tristísimas fotos de gays ahorcados en algunos regímenes son lloradas por los cristianos que queremos el bien de todos. Debemos meternos en su piel para entender el dolor y el sufrimiento que ese ser humano indefenso tuvo que sentir momentos antes de morir. Esos fanáticos usan el odio para hacer triunfar la virtud. Qué triste resulta en tales lugares tal victoria de la virtud. Esas cosas hacen aborrecible la obediencia a las leyes de Dios.

Si algún integrista cristiano quisiera usar la violencia para defender la obediencia a los Mandamientos, sólo lograría desprestigiar el mismo mensaje que quiere defender. Nada ha hecho más daño a la Iglesia en toda

su historia que la existencia de la Inquisición. Las victorias espirituales se deben lograr a través de medios espirituales.

¿Esto significa que los cristianos debemos inhibirnos cuando se proponen leyes para aprobar el matrimonio homosexual? Sin duda no es lo mismo el fanatismo que mata a los gays que el defender democráticamente que algo consideramos que es contrario a la Ley de Dios.

Hay cosas que el Estado prohíbe, otras las permite y otras las favorece. Como ya se ha dicho en esta misma obra, a lo largo de la historia los estados católicos en el plano jurídico era de prohibición de la homosexualidad, pero en la práctica no existía persecución alguna mientras se mantuviera en el ámbito de la discreción. Por supuesto que a lo largo de dos mil años encontraremos excepciones a esta permisividad. Pero la norma de actuación de las autoridades normalmente era limitarse a que la presión social desanimase a que ese tipo de conductas saliesen de la clandestinidad. Del mismo modo que tampoco se perseguía legalmente a los clientes de las prostitutas. Bastaba la opinión social negativa para que ese vicio se mantuviese contenido.

Pienso que en una sociedad enteramente cristiana esto es el ideal: no favorecer el pecado, pero no perseguir al pecador. Sin embargo, yo, que jamás hubiera perseguido a nadie, también pido libertad para poder afirmar que considero que es un error favorecer en nuestras sociedades algo que Dios nos enseña que no hagamos. Los grupos progay nos acusan a los cristianos de querer imponer algo sobre la libertad de los demás. Cuando ellos propugnan una agenda a favor de la homosexualidad, eso se considera ejercicio de la libertad de expresión. Cuando los cristianos afirman dicen que no están a favor de que se aprueben ciertas leyes, se considera que estamos imponiendo a los demás algo.

Si un musulmán iniciara una campaña para que en un país europeo se aprobase la poligamia, yo (que no estoy de acuerdo con la poligamia) respetaría su libertad para iniciar esa campaña. Y le respetaría porque creo en la democracia y quiero que los demás tengan los mismos derechos que

yo para defender sus ideas. Por eso siempre he respetado que los homosexuales defiendan su postura ante la sociedad. Pero no me parece correcto que a los que no estén de acuerdo con ellos les acusen de no respetar su libertad. Los grupos progay no entienden que ésta no es una lucha entre libertad e imposición. Sino una confrontación civilizada entre distintas formas de concebir lo que se debe simplemente permitir y lo que se debe positivamente favorecer.

Otros ejemplos de polémicas similares son si se debe legalizar la prostitución, si se debe legalizar el consumo de cannabis, o, como ya se ha mencionado antes, si se debe legalizar la poligamia. Son unos cuantos ejemplos, entre otros muchos, de temas sujetos a discusión en el contexto de una sociedad democrática postcristiana. Los que estén a favor de la aprobación de estas prácticas no es justo que acusen a los demás de agredir su libertad. Lo que se discute no es la libertad, sino si el Estado conviene que fomente o no una determinada actuación.

Lo triste es que después de aprobar el matrimonio homosexual, tras unos cuantos años, esos mismos grupos han seguido su camino hacia adelante impulsando la aprobación de leyes posteriores que castigasen con multas o con cárcel a los que defiendan opiniones distintas de las suyas.

En los países católicos, hace años, si una pareja practicaba la homosexualidad, el Estado no enviaba a la policía a detenerlos en la cama. Pero ahora hay grupos homosexuales que sí que quieren que la policía vaya a la casa a detener al que se atreve a disentir de su verdad progay. Es paradójico se presente todo este activismo de ellos como una cuestión de libertad. Pero lo cierto es que nosotros no os enviábamos a la policía a vuestra casa, y vosotros sí que lo queréis hacer.

Resulta evidente que hay grupos progay que, en el futuro, no se detendrán hasta que se prohíba en todas las iglesias predicar que la homosexualidad es un pecado. Lograrán que no se pueda tocar este asunto en ninguna predicación cristiana. El siguiente paso será exigir

positivamente a todos los pastores, sacerdotes, obispos y predicadores una manifestación de que no se considera ilícita la homosexualidad.

El episodio de Gomorra me induce a pensar que Dios quiso advertir a todas las épocas que cuando la homosexualidad se vuelve prevalente, se cae en otros pecados. Y que esos otros gravísimos pecados sí que atraen la cólera de Dios.

La bondad de los confesores

El celo por la Ley de Dios está muy bien. Pero el celo con dureza, hace más mal que bien. Ortodoxia con misericordia es el humilde consejo que doy a todos. No olvidemos estas palabras de San Pablo: *A los solteros y a las viudas les digo que es bueno para ellos permanecer no casados como yo. Pero si ellos no son continentes⁴, deben casarse. Porque es mejor casarse que abrasarse* (I Cor 7, 8-9).

Observemos un matiz muy importante en este versículo, San Pablo no dice “aquellos que no pueden ser continentes”, sino *aquellos que no son continentes*. Es decir, si fuéramos dóciles a la gracia, seríamos obedientes a la Ley. Nadie puede decir: yo quise no pecar, pero no pude.

Esto es cierto, no lo niego. Pero el mismo apóstol no lo limita a todo a algo parecido a un “has recibido la gracia, ¡obedece!”, sino que reconoce que hay personas que no se controlan y para las que es mejor poner un remedio, de modo que el uso del sexo pase de estar fuera de la obediencia a estar dentro de los Mandamientos. Ahora bien, ¿qué remedio se puede poner dentro de la ley divina para aquellos que no sienten atracción alguna por personas de distinto sexo? ¿Acaso los homosexuales sienten menos el ardor de las pasiones? Para unos hay remedio dentro de la Ley, para los otros no.

⁴ El verbo original del texto canónico para decir que no *son continentes* usa la palabra “enkrateuontai”. Ese verbo significa: ser continente, dominarse a sí mismo. Este verbo procede del sustantivo *egkratés* que significa: continente, el que se domina a sí mismo. De hecho esta palabra literalmente significa “dominado desde dentro”.

Por eso, estoy convencido de que la Ley es santa, pero que todo este asunto será juzgado con misericordia, con mucha comprensión. Sea dicho de paso, y hablo muy consciente de lo que voy a decir: siempre he observado que los comentarios más duros contra la homosexualidad y la lujuria en general procedían de parte de algunos laicos; mientras que los sacerdotes siempre se mostraban paternales y misericordiosos en sus comentarios, como quien habla de un hijo propio.

Lo que hasta ahora siempre he observado es que cuanto más edad tiene un venerable confesor, más profunda es su mirada de misericordia, más bondadoso se muestra ante el hijo de Dios que manifiesta sus dudas para entender por qué debe seguir ese camino. Y es que si un ser humano se arrodilla en el confesonario para exponer sus dudas acerca de la Ley de Dios, es porque la gracia ya le ha tocado el corazón. Ya le ha tocado, al menos, para llegar a la conclusión de que debe ir a un sacerdote, el representante de Dios, para exponer las cosas que no entiende y que no comparte. ¿Cómo no recibir con bondad a alguien en esa situación?

III parte

Últimas cuestiones



La transexualidad

Soy comprensivo con la homosexualidad, pero no lo puedo ser con la transexualidad. Cómo puede ser algo psicológicamente normal que a una persona que tiene un cuerpo se le meta en la cabeza la idea de que en realidad ése no es el cuerpo que le corresponde. Cualquier sujeto con sentido común comprende que es más sencillo cambiar una idea que se mete en la cabeza que no todo el cuerpo. Si alguien cree ser Napoleón, ¿la solución será darle un imperio? Evidentemente, la solución más sencilla es convencerse de que no es Napoleón. Si mañana se me mete la idea de que mi cara no es en realidad mi cara, ¿qué dice respecto a eso el sentido común? Existe el caso de un hombre que estaba totalmente convencido de ser un lagarto. Gastó grandes cantidades de dinero para ir transformando su cuerpo de acuerdo a esa idea, tatuándose todo su cuerpo, operándose para que su lengua fuera bífida, limándose sus dientes para que tuvieran forma triangular, colocándose implantes en la cara.

No se me ocurre peor desgracia para estas personas que nacer en una sociedad que les anime en su error. Hagan lo que hagan (operaciones, hormonas, tratamientos psicológicos) siempre se encontrarán bien cerca de ellos el obstáculo a sus deseos: su propio cuerpo.

No tengo experiencia de tratar con transexuales, pero estoy seguro de que aquellos que han cambiado de sexo llevan vidas terriblemente insatisfechas. No se puede vivir feliz en una vida dirigida tan radicalmente en dirección contraria a la realidad.

No entiendo por qué los homosexuales han admitido la bondad de la transexualidad sin debate alguno, por qué los han ligado a su causa, cuando una cosa es la homosexualidad y otra muy distinta la transexualidad. La única razón para ello, sin duda, fue que los transexuales son homosexuales. No he oído disentir a ningún activista o intelectual

homosexual afirmando que una cosa es la homosexualidad y otra totalmente diferente es la transexualidad, y que estar a favor de lo primero no implica necesariamente estar a favor de lo otro.

Lo malo es que un transexual tras largos años de frustración y amargura no reconocerá que cometió un error, sino que la culpa la tendrán siempre los otros y pensará: yo hubiera sido feliz si me hubieran aceptado. Y si todos le aceptan, dirá: la culpa es del cristianismo que me metió ideas en la cabeza que me han creado traumas de los que no he logrado librarme. De ahí que la frustración respecto a la realidad, suele encontrar un chivo expiatorio en el cristianismo y la Iglesia.

Pensamientos sueltos

Voy a unir aquí con brevedad una serie de pensamientos inconexos, pero que se me han acumulado en notas sueltas al acabar esta obra. Algunos de estos pensamientos ya han aparecido previamente, otros son nuevos.

No lo olvidemos, los cristianos estamos ligados a una Tradición. Dios no permitiría que la Iglesia enseñase el error a lo largo de todas las generaciones. Cuando la Iglesia enseña que algo debe creerse, es eso lo que hemos recibido (nótese el verbo: recibir) y el Espíritu Santo vela para que no se enseñe el error. Con esto debería bastar, pero, además, es que esa Tradición está refrendada de forma expresa por la enseñanza de la Sagrada Escritura.



¿Hay una interpretación benigna o no de los pasajes de la Escritura? ¿Hay una interpretación amplia y otra estrecha? Yo diría que no. Lo que enseña sobre este tema está claro. Su enseñanza es luz, no fuente de confusión.



Los homosexuales que reclaman tolerancia para sí mismos, pero ellos no parecen dispuestos a ser comprensivos con nuestra situación como creyentes.



He defendido en estas páginas con toda honestidad mi postura. Pero reconozco que la postura progay no es disparatada. Entiendo sus argumentos y razones. Pero, después de escucharlos y meditarlos seriamente, me quedo con mi fe.



La verdad puede ser dulce o amarga, pero no puede ser mala; la mentira puede ser dulce o amarga, pero no puede ser buena (Constancio C. Vigil).



La homosexualidad femenina es muy distinta de la masculina. El hombre busca más la carnalidad, el sexo. La mujer busca más el cariño, la compañía, la ternura. No es de extrañar que los hombres gays tengan una vida mucho más promiscua, y las lesbianas pasen a lo largo de la vida por muchas menos parejas. Por esta razón, la homosexualidad masculina es más deformante, ciega más al espíritu, y es causa de albergar mucha más rabia contra el cristianismo. Mientras que el lesbianismo, de por sí, es una realidad más calmada, más sosegada.



En estas páginas he puesto ante los ojos de los lectores al Dios de la Justicia del Perdón, ¿pero hay algo que perdonar?, se pregunta el homosexual. Yo creo que en la misma transgresión van anejos los frutos de esa transgresión. En ese sentido, pienso que Dios poco tendrá que perdonar, cuando un homosexual muera. En esta materia del sexo, como de la gula o del alcohol, la vida es la que se transforma en purgatorio en la

medida de la transgresión. Ahora bien, el uso del sexo de forma incorrecta va cegando los ojos del alma y el espíritu se va ennegreciendo.



Para los teólogos, la búsqueda de la verdad debe llevar a afinar, debe conducirnos a matizar. La Verdad y las verdades. La ponderación de la Tradición, con precisión milimétrica, para ver qué es exactamente la Tradición. Una labor que sería más propia de ángeles.



¿La pasión sexual es una fuerza muy poderosa con la que a veces no queda más remedio que convivir? La realidad es que con la ayuda de la gracia de Dios todo hijo de Dios podría vivir de acuerdo a sus Santos Mandamientos. En ese sentido, toda transgresión tiene una responsabilidad porque conlleva unas consecuencias. Ahora bien, es cierto que la sexualidad se trata de una fuerza tan poderosa que Dios será comprensivo con los primeros pasos fuera de la frontera de lo lícito. Y será cada vez menos comprensivo con el progresivo internarse en las regiones de lo perverso y autodestructivo.



Se puede seguir a Cristo con caídas, cojeando, enfermo. Parece un contrasentido seguir a Jesús cojeando, dado que lo puede curar todo. Pero, de hecho, es así. Y no olvidemos que también el que le sigue enfermo, tiene fe. Una cosa es tener fe, y otra es haber renacido del Espíritu. Como nos enseña el discípulo amado de Jesús:

*Sabemos que todo el que ha nacido de Dios
no peca,*

*sino que el Engendrado de Dios
le guarda.*

I Juan 5, 18

Hay muchos cristianos con fe, pero no todos han renacido del Espíritu. San Juan Bautista, anunciando al Mesías, lo proclamó con claridad:

Él os lavará con Espíritu Santo y fuego.

Lucas 3, 16

Lavarnos para renacer de nuevo. Renacer para llevar una nueva vida. Sí, ciertamente, *todo el nacido de Dios vence al mundo* (I Juan 5, 4). No os desesperéis, homosexuales: *Mirad, no es demasiado corta la mano de Yahveh para salvar* (Isaías 59, 1). No sigáis por ese camino, es cierto que *vuestras faltas os separaron de vuestro Dios* (Isaías 59, 2), pero el Creador os llama a otra vida.



Algunos protestantes pentecostales afirman que si alguien es homosexual es porque tiene un demonio de homosexualidad, y que, por tanto, lo que hay que hacer es exorcizarlos. Acerca de este tema, puedo hablar con conocimiento de causa, porque han venido a verme un cierto número de homosexuales, preguntándome si su problema podía provenir de estar influidos por un demonio. En ninguno de ellos encontré que su tendencia proviniese del demonio.

Si todo se redujese a la presencia de un demonio, escribir este libro hubiera sido una tarea mucho más sencilla. Pero la persona humana es una realidad más compleja de lo que algunas mentes creen ver a través de sus simplificaciones. Simplificaciones defendidas con mucho ardor, pero que provienen de afirmaciones que no han comprobado.



Soy consciente de que hay una minoría de pastores evangélicos que predicán sin misericordia, con dureza, con el infierno continuamente en sus labios exaltados. ¿De verdad estos exaltados piensan que toda la persona humana se reduce a su sexualidad?



¿Hay que elegir entre Dios y la sexualidad? Enfoquémoslo de esta otra manera, sigamos todos los hijos del Altísimo un camino de acercamiento a Él, un camino de búsqueda de la gracia, de escucha de su Palabra. La gracia transforma los corazones, ilumina el entendimiento, llena de gozo. La búsqueda de la gracia (a través de la oración) lleva a estar, finalmente, en gracia de Dios. Pero no es poca cosa, al principio, simplemente buscar sus gracias leyendo libros espirituales, orando, honrándole en la liturgia.

No se trata, por tanto, de que yo te exija: todo o nada, aquí y ahora. No. Yo sólo te digo: busca a Dios. Y Dios te hablará en tu corazón.



No te digo que no te puedas equivocar. También los que buscan a Dios pueden equivocarse. Pero yendo a la oración y acercándote a la luz de las Escrituras será más difícil que te equivoques.



Es cierto que los sacerdotes, en nuestra labor de aconsejar a las almas, debemos centrarnos en Dios, pero llega un momento en que este tema debe ser abordado. Un momento en el que por más que hablemos del amor de Dios, llegamos a un sí o a uno.



La Biblia no sólo se puede leer como la expresión de la verdad pura, sino también como un conjunto de permisiones, de pasos previos hacia la verdad.



El que no piensa como nosotros no es un demonio, es un ser humano con el que se puede conversar, dialogar, tratar de entender sus argumentos.

Reconozcamos que hay cristianos que con toda buena voluntad defienden lo contrario a lo que nosotros pensamos.



Se nos acusa de ser dogmáticos, inquisidores, de estar en posesión de la verdad absoluta. ¿Pero cuál es la alternativa? ¿No estar seguros? ¿La duda es lo correcto? Yo veo a personas razonables defendiendo una y otra postura. Lo triste es ver como los defensores de una postura insultan a los otros.



¿Puede existir el amor entre homosexuales? Sí, sin ninguna duda. ¿Es lo mismo el sexo promiscuo que el sexo con cariño y amor en una relación fiel? No, no es lo mismo; ni en una relación heterosexual ni en una homosexual. En cualquier relación sexual, el amor humaniza lo que, en principio, hubiera sido una mera pasión carnal. De manera similar, en una relación homosexual el amor, el cariño y la fidelidad humaniza lo que en principio sería mera pasión biológica. Este amor no quita lo que de transgresión tiene esta relación, pero, ciertamente, la pasión carnal puede ir acompañada de valores positivos.

Una cosa es defender que el amor homosexual supone un quebrantamiento del orden divino respecto al sexo, y otra cosa totalmente distinta (como hacen algunos) sería negar la posibilidad del amor. A los cristianos que se niegan en redondo a admitir esta posibilidad, hay que recordarles que incluso entre adúlteros puede existir amor.

Los pocos versículos que hablan sobre este tema en la Biblia permiten exégesis que no son precisamente las del azufre y el fuego. No veo que la Biblia insista mucho en ese asunto. Más bien muy poco. Casi podríamos decir que se limita a mencionarlo. La Palabra de Dios insiste mucho más en infinidad de otros temas.

La labor de la Iglesia no es condenar a nadie y, de hecho, no juzga a nadie. La labor de los seguidores de Cristo consiste en recordar las enseñanzas bíblicas y, después, en dejar que cada uno siga su camino. Y creo que los sacerdotes, de forma casi unánime, así lo han hecho siglo tras siglo. Veo que algunos exaltados evangélicos hacen una exégesis superficial y simplista.

Yo creo que la Iglesia después de dejar claras las verdaderas bíblicas con una exégesis profunda, podría a partir de ahora empeñarse en la construcción de una nueva visión acerca de la homosexualidad. El Magisterio va a ser el mismo, que nadie tema por eso. Pero creo que hay toda una teología por construir. Una teología que no es la de la condenación y la exclusión. La doctrina de la Tradición ha sido dejada clara. La doctrina ha sido repetida, remarcada, profundizada y recordada una y otra vez. ¿No habrá llegado el momento de fijarnos en otros aspectos como el amor entre homosexuales?

Creo que son muchos los católicos que, de buena fe, creen sentirse en la obligación moral de responder a todo con un NO absoluto. Como si ese campo fuera el único campo en el que no caben matices, el único campo en el que nada bueno puede crecer.

Hace dos siglos, nuestra práctica ecuménica hubiera sido vista como una traición a la ortodoxia. Hoy día sabemos que eso no es así. Podemos ser ecuménicos y no traicionar la sagrada tradición que hemos recibido. Estoy convencido de que debemos empeñarnos en un esfuerzo para lograr un abrazo universal a todos sin negar la doctrina.



Toda criatura participa de la bondad de Dios. En mi vida me he esforzado por ver esa bondad de Dios en todas las cosas. Por supuesto que no existe esa bondad en el asesinato, la mentira, el odio, la envidia y otras acciones. Pero no es relativismo tratar de ver lo que hay de bondad en una relación fiel y amorosa entre dos homosexuales.



En esta obra no he invocado en ningún momento la procreación como razón para no aceptar las relaciones homosexuales. No insistiría para nada en ese tema ni siquiera al hablar de las relaciones heterosexuales. La relación sexual entre un hombre y una mujer va mucho más allá de la procreación, es mucho más que el hecho de tener hijos. Y si eso es así para el mero hecho de la sexualidad, mucho más cuando se trata del cariño entre dos seres humanos.

La razón por la que unas relaciones sexuales o de amor son lícitas o no, se basan en razones más profundas. Razones que tienen que ver con la misteriosa relación entre sexualidad y alma. Indagar en ese mundo misterioso entre cuerpo, alma y Dios es lo que he intentado en estas páginas.

Cartas

Un lector me escribió una carta bastante desagradable, en la que, en un momento dado, me decía: *La pregunta que yo me hago es la siguiente: ¿los sodomitas heredarán el Reino de los cielos, o no? ¿El Espíritu Santo miente?* Mi contestación fue la siguiente:

Estimado Félix: Si lees la Biblia, verás que ésta se halla llena de matices. Ciertamente es que algunos lectores gustan de recoger versículos para arrojarlos como piedras contra alguien. Pero la lectura paciente que busca, ante todo, la conversión personal, lleva a escuchar la voz de un Dios escandalosamente misericordioso.

Parafraseando a la Escritura, te digo, no como amenaza, no como reprimenda, que algunos homosexuales y budistas te adelantarán en el Reino de los Cielos. Pero ya que usas la Palabra de Dios para confrontarme haciéndome una pregunta, respondo a tu pregunta con otra pregunta. ¿Acaso miente el Espíritu Santo cuando afirma?: *Si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo* (Rom 10, 9).

Quédate tranquilo, Félix, creo en la verdad del versículo que me has mencionado. Pero en 1 Cor 6, 9-10 también se dice que los inmorales o los maledicentes no heredarán el Reino de Dios. ¿Nunca has sido inmoral? ¿Nunca has hablado mal del prójimo?

Hay que tener cuidado, porque al lanzar la piedra contra ellos, puedes estar lanzándola contra ti. ¿Crees, Félix, que mereces más el Reino de los Cielos que ellos? ¿Consideras que el Cielo se merece? ¿Crees que el hermano mayor de la Parábola del Hijo Pródigo hacía bien cerrando la puerta ante el hijo extraviado para que no entrara en la casa del Padre? ¿No crees que tú (y también yo) no somos ese hermano mayor?

En ningún momento he afirmado que la lujuria sea un acto indiferente; pero ni la lujuria homosexual ni la heterosexual. Mis palabras han llegado hasta donde, a mi buen entender, me parece que puede llegar la misericordia de Jesús, pero no más allá. Yo no quiero ser más estricto que Jesús, pero me cuido de no ser tampoco más misericordioso que Él. Por eso en la balanza de mi pobre entendimiento peso mis palabras; intento hacer ese pesaje con cuidado, porque daré cuentas de ello al que me encargó ser pastor en su Pueblo. Por eso no sólo peso mis palabras, sino también mis pensamientos más ocultos. De todo daremos cuenta.

Además, Félix, no te has parado a reflexionar que las palabras del Espíritu en el versículo que me citas, se pueden referir más bien al que se deja arrastrar por el vicio y las pasiones desenfrenadas, y no al que naciendo con esa tendencia trata de llevar una vida lo más de acuerdo que puede a los mandamientos de Dios, aunque tenga caídas. No toda caída de lujuria es un vicio y una pasión desenfrenada. Hay caídas de lujuria que, aunque sean actos desordenados, son bien comprensibles.

Jamás he enseñado (ni en la más estricta privacidad) que esté bien lo que el orden moral de nuestra amada Iglesia enseña que no es correcto. Pero ante ciertas caídas, pongo mi mano en la espalda del prójimo y le digo: Pongamos la mirada en Jesús y sigamos caminando.



Recibí una carta de una conocida mía de Estados Unidos, una esposa buena, religiosa y amante de sus hijos. En esa carta muy emotiva, se notaban las lágrimas de la que escribía esas líneas, me decía entre otras cosas:

Usted vera, padre mio, mi hermanita era lesbiana. Y yo no me averguenzo de ella. Ella intento ser heterosexual, intento besar muchachos, salio con ellos, se acerco a ellos, a sus almas y no encontro nada, pero nada que la atrajera a ellos. Mas, mi hermanita le prometio a Dios practicar la castidad, porque ella consideraba que no estaba bien tener relaciones con otras mujeres.

No hace falta decir que a esa lesbiana, que ya murió, le hubiera dicho: ¡Muy bien! Dios está muy contento contigo. Sé casta, sé pura, profundiza en la vida de oración. Pero recuerda siempre que si caes, Dios no te rechaza por eso. Dios no te va a condenar toda la eternidad por eso. No te digo que da lo mismo la pureza que la impureza. Sólo te digo que si caes no imagines a Dios como un Juez duro, implacable y castigador. Míralo como padre comprensivo, bondadoso y que te ayuda.

Si con el pasar de los años, ella hubiera vivido una relación con otra mujer y me invitase a cenar con ellas, hubiera aceptado con todo el gusto del mundo. Y, por supuesto, no hubiera sacado el tema de su relación, a menos que ellas me expresamente me preguntaran acerca de ese tema. Si me hubieran pedido la bendición, por supuesto lo hubiera hecho.

Si me la hubieran pedido públicamente en la iglesia, les hubiera dicho con cariño y afabilidad que se la daba en la sacristía: Entended que una bendición pública podría dar la impresión ante la gente de que apruebo la transgresión de los mandamientos de Dios. Y como pastor debo velar para que la pureza de la enseñanza de la Iglesia quede clara. Pero a vosotras, como personas, sí que os bendigo con todo mi corazón.



Con diferencia de un día o dos, recibí esta otra carta de un lector mío llamado Francisco José:

Padre Fortea, he leído sus escritos y no puedo estar más en desacuerdo con usted. Los sodomitas no heredarán el Reino ni los adúlteros tampoco (como dice San Pablo), ni siquiera los malos sacerdotes como usted que quieren confundirnos y vendernos como luz lo que es oscuridad.

Dice usted que opina con humildad, pero la humildad escasea en sus palabras. Para empezar machaca a Félix e insinúa que es un hipócrita que juzga mal a los demás y que irá después que ellos al Reino. Las palabras de este lector suyo son justas, más que las de usted. Usted es el hipócrita. Parece mentira que un sacerdote que lleva toda la vida entre libros teológicos razone de una forma tan perversa.

Dice que en la Biblia se habla poco de la homosexualidad. ¿Le parece poco que se diga que es una ABOMINACIÓN? ¿Y qué tal el episodio de Sodoma y Gomorra? Si en el Nuevo Testamento no se habla de la homosexualidad es porque aquellos israelitas no estaban tan corrompidos como hoy en día, en donde hasta los sacerdotes que parecía que daban el pego se adhieren a la propaganda del lobby gay.

Dice usted como el Papa que quién es usted para juzgar a los gays. Pues todos debemos juzgar para distinguir lo bueno de lo malo, no para machacar al prójimo sino para guiarlo en la verdad. Es lo que se llama corrección featerna, no sé si le suena y espero que no sea un relativista que crea que la verdad es variable. O será usted de los que callan y prefieren quedar bien para luego soltar el veneno que tenían acumulado.

No se trata de humillar a los gays sino de hacerles ver que el camino en el que están es el del pecado mortal en el que están y esto es incompatible con la Gracia. Los gays también son sus ovejas y usted dará cuenta en el Juicio de no mostrarles la verdad por ser "correcto". El "amor" de los gays es falso porque se basa en una perversión. Los gays nunca son

felices porque viven fingiendo ser mujeres. El hombre está hecho para la mujer y viceversa, lo demás es abominable.

Me parece que a usted le va la propaganda gay. ¿No será usted un homosexual que no ha salido del armario de la sacristía? Porque una defensa tan ardiente de los gays parece algo personal. Lo que quiere usted es una iglesia pop, casi igual a las protestantes, como lo quiere también este papa horrible, que se pliegue a los gustos y modas del mundo.

Ah por cierto los budistas no irán al Cielo porqué no han querido conocer a Cristo y creen en la reencarnación y en una sopa de energía que es el nirvana. Usted está en la apestosa Nueva Era si cree eso. Tanto estudiar al demonio y no tiene usted ni idea de cómo le tiene atrapado. Pero no se preocupe, porque de seguir así cuando le llegue la hora irá a hacerle compañía y podrá conocerlo de cerca en el Infierno. Que Dios se apiade de usted porque su soberbia intelectual y gran vanidad le han perdido.

No le contesté a esta persona. Estaba cerrado a cualquier razonamiento. Si me tengo que esforzar por comprender al prójimo, ¿cómo no iba a ser comprensivo con aquél que de buena fe se creía en la obligación de defender la buena doctrina. Ni siquiera la primera vez que leí su carta, tuve sentimientos contra la caridad respecto a él. Pero podemos preguntarnos, simplemente preguntarnos, qué es peor: ¿el pobre chico que se esfuerza por seguir a Dios y cae en la impureza, o el que por defender a Dios ataca con acritud y juzga? En las palabras de este tal Francisco José, ¿no se destila un cierto deseo de que el Dios que castiga me haga sufrir, al menos, un poco?

Epílogo

No es éste un libro de condenación, tampoco lo es de salvación; simplemente reflexiono en voz alta. No es éste un libro para exponer la moral de la Iglesia, sino para reflexionar después de conocer la moral. La moral no es sólo prohibición, en la prohibición hay una poderosa afirmación. Esta obra, sin embargo, se centra en el aspecto negativo de toda esta cuestión, en la transgresión, en sus malas consecuencias, en el Mandamiento puro y duro. Al final de esta obra, la pregunta repetida siglo tras siglo: ¿es todo mera carnalidad o hay algo más? Y si hay algo más, ¿qué es ese algo más? ¿Basta el amor? Los frutos los veo. Se han liberado de la moral, pero a costa de antidepresivos. Nos hemos liberado del confesor, podrían decir la mayoría de ellos, pero a costa de ir regularmente al psiquiatra, al psicólogo y al psicoanalista. Dios les ofrecía otra vida en la sencilla obediencia a sus mandamientos. Pero no les espera con el palo en alto, pronto a hacerles sufrir por no escuchar sus indicaciones. Mis reflexiones acerca del SIDA no van en contra del amor de Dios.

Yo no veo que un hombre homosexual casado con otro sea un monstruo. Pero sí que he visto a seres humanos a los que la práctica de la homosexualidad los ha convertido en monstruos espirituales. No pienso que se condene el que lucha sinceramente por ser casto, pero cae. Pero el camino que se inicia con la homosexualidad sí que va alejando de Dios. Irá al infierno el que se lo merezca: homosexual o heterosexual, impuro o casto.

En el cristianismo, existe un concepto que es la centralidad de la persona humana. Ningún ser humano es sacrificado a la Ley por la Ley. Los Mandamientos tienen como fin el bien, la felicidad, la armonía de la persona. Los Mandamientos son sagrados por provenir de Dios, por llevar hacia la santidad, pero no nos olvidemos que son medios.

Un bautizado debe estar dispuesto a morir antes que negar a Cristo. Pero si en mitad de las torturas cede y niega la fe en Jesús, Dios será comprensivo. ¿Debe ceder? No. ¿Es bueno ceder? No. Somos más que este cuerpo material, esperamos otra vida después de ésta. ¿En sí misma considerada, la apostasía es un pecado grave? Sí. Pero estoy convencido de que Dios no condenará directamente al que cedió a la tortura. Seguro que, aunque lo mataran inmediatamente después de apostatar, Dios le dará una gracia para arrepentirse. Y justificado por esa gracia, recibirá el premio por el tiempo en el que luchó por no negar a Cristo. Esa situación, este pecado, presenta similitudes con el cristiano homosexual que lucha por no ceder, pero, al final, cede y no se levanta.

En fin, acabo este libro con la esperanza de que a alguien le haya servido. Estoy seguro de que me he ganado con estas páginas la animadversión de algunos cristianos y algunos homosexuales. Repito que sólo me he limitado a reflexionar en voz alta.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws